

« de vuestro valor y de vuestro celo.... Son sus órdenes echar al enemigo de estas « cumbres, desde donde atalaya nuestros fértiles valles, y forzarle á repasar el « Ebro.... Plantaremos en breve nuestras tiendas en tierra española, y de ella sa- « caremos los recursos que nos sean necesarios... Fechemos en Vitoria nuestros pri- « meros triunfos, y celebremos allí el día del cumpleaños del emperador.....» Los resultados vinieron en breve á manifestar el valor de las fanfarronadas de Soult, frustrando sus codiciosos deseos, no satisfechos aun con sus grandes usurpaciones anteriores.

El mismo día en que Soult tomó el mando, partieron de San Juan de Pié de Puerto el rey José y el mariscal Jourdan, este para lo interior de Francia, aquel para Saint-Esprit, arrabal de Bayona, al otro lado del Adour. De un modo tan desairado terminó José su transitorio reinado, despreciado hasta de su mismo hermano, quien sin guardarle consideracion alguna, confirió al duque de Bellune la lugartenencia de España, á nombre solo y en representacion de la corona de Francia.

El nuevo general frances se dispuso á dar principio al plan anunciado en su pomposa proclama, socorriendo ante todo á Pamplona y San Sebastian, asediadas ya, animándole á ello el malogro de las primeras tentativas de los aliados contra la última de dichas plazas, de cuyo cerco es justo que ya hablemos algo.

Asiéntase San Sebastian, ciudad de 13,000 habitantes, con puerto de menguada concha y escaso fondo, en una especie de península al pié de un monte entre dos brazos de mar, desaguardo en el que está mas al cierzo el Urumea, rio no muy caudaloso. La plaza comunica con tierra por un istmo que á primera vista le da las apariencias de fuerte, no teniendo otro camino para llegar á ella sino el mismo istmo, amparado del hornabeque de San Carlos y del recinto principal, dominados y defendidos ambos por el castillo de Santa Cruz de la Mota, situado en lo alto del monte en que se respalda la ciudad. Poco dura la ilusion que se forma sobre las apariencias en cuestion, toda vez que la flaqueza de la plaza se descubre luego, á poco que se reflexione, pues si bien la resguardan por tierra bien dispuestas obras provistas de doble recinto, contraescarpa y camino cubierto, no así del lado de la Zurriola y el Urumea, engañado quizá quien trazó allí el muro con las aguas que por el pié le bañan, sin echar de ver los puntos que quedan vadeables y aun en seco con el baja mar, y con el padrastro ademas de ciertas dunas ó méganos que corren lo largo de la márgen del rio y sojuzgan la linea. Lo estraño es que habiéndose tocado las consecuencias de este gran defecto en el año de 1719, pues de él se aprovechó el mariscal de Berwick para tomar la plaza, no se hubiera puesto remedio á él, despues de transcurrido desde entonces cerca de un siglo.

Antes de abandonar aquella parte de España, aumentaron los franceses la guarnicion de San Sebastian hasta el número de 4,000 hombres á las órdenes del general Rey, militar de bastante buena opinion entre los suyos; y si bien los españoles bloquearon en un principio la plaza, solo formalizaron el sitio los anglo-portugueses, como se dijo antes, á las órdenes siempre de sir Thomas Graham, quien resolvió dirigir el ataque contra el lado descubierto y débil de la Zurriola.

Llevando adelante este plan, colocaron los aliados fuertes baterías en las alturas á la derecha del Urumea, anhelando abrir brecha entre el cubo de los Hornos y el de Amezqueta, situados en el lienzo de muralla frontero. Dirigieron los demas fuegos contra el castillo y hornabeque de San Carlos, adelantando por la lengua ó istmo otros trabajos.

A la entrada de este y como á unas 800 varas de la plaza estaba situado el convento de San Bartolomé, del cual quisieron apoderarse los aliados, juzgándolo paso conveniente, y previo el acometimiento de las otras obras y del recinto principal.

Comenzó el ataque en la noche del 13 al 14 de julio, disparando los ingleses hasta con bala roja. Destruyóse el convento; mas no por eso le entraron los sitiadores, permaneciendo en las ruinas los contrarios y sosteniéndose bizarramente, con lo que incomodados los ingleses, cargaron á la bayoneta, acabando por apoderarse el día 17 de aquellos escombros despues de quedar tendidos sobre ellos mas de 250 de los

defensores. Los aliados avanzaron á continuacion, pero poco, viéndose detenidos hasta el 20 por un reducto circular que en el istmo habia.

El general Grabam intimó entonces la rendicion á la plaza, pero el gobernador Rey no quiso admitir el parlamento, por lo cual decidieron los ingleses dar el asalto, juzgando practicable la brecha aportillada entre los dos cubos. La embestida tuvo lugar al amanecer del 25, formando la columna de ataque la brigada del mayor general Hay, que tenia otra en reserva, todas bajo el mando del mayor general Oswald. Los sitiadores desplegaron en esta acometida un valor y una serenidad dignos de los mejores soldados; mas á pesar de todo, malogróse la tentativa, ya por estar todavía intactos los demas fuegos de la plaza que abrasaban á los aliados, ya por la misma distancia que mediaba entre las trincheras y la brecha y ser aquel tránsito de piso muy pedregoso, lleno de plantas marinas y aguazares.

Lord Wellington llegó poco despues delante de San Sebastian, y queriendo repetir el asalto, no solo le hicieron suspender su resolucion los movimientos del mariscal Soult, sino que le obligaron tambien á convertir el sitio en bloqueo, embarcando la artilleria en Pasages, aunque sin abandonar por eso las trincheras y algunos trabajos.

No estaban ahora demas las precauciones de Wellington, porque Soult en efecto dió indicios de abrir su proyectada campaña. Ya digimos que el socorro de San Sebastian y Pamplona eran sus primeros objetos, pensando atender primero á la segunda, que por su posicion y mayor distancia era mas difícil de socorrer.

Los intentos de Soult, aun todavía no bien conocidos, ponian á Wellington en apurado extremo, porque teniendo que atender á dos puntos bloqueados, distantes entre si 16 leguas, y obligando á cubrir muchos pasos en pais montañoso, á veces inaccesible ó falto de comunicaciones laterales, era sumamente arduo salir airoso de tan difícil empresa, importando por una parte no dejar indefenso ningun parage, y siendo por otra arriesgado diseminar sus fuerzas en ocasion que el enemigo era dueño de elegir el punto de ataque y de acometerlo con golpe de gente muy superior y mas respetable.

Práctico el mariscal Soult en la guerra de España, dispúsose de antemano á la nueva invasion, recogiendo en San Juan de Pié de Puerto muchos viveres y pertrechos. Los dos ejércitos que se observaban en las respectivas fronteras acampaban sobre cumbres distantes entre si medio tiro de cañon, aproximándose los centinelas y puestos avanzados hasta unas 150 varas. Los aliados ocupaban las posiciones siguientes: la brigada del general Bying y la division de D. Pablo Morillo formaban la derecha, cubriendo el puerto de Roncesvalles. Sostenialas apostado en Viscarret sir Lowry Cole con la cuarta division británica, componiendo la reserva la tercera del cargo del sir Thomas Picton, que se alojaba en Olaque. Estendíase por el valle de Bastan á las órdenes del general Hill parte de la segunda division inglesa y la portuguesa del conde de Amarante, destacada solo la brigada de Campbell en los Alduides. La division ligera y séptima acantonábanse en la altura de Santa Bárbara, villa de Vera y puerto de Echalar, y se daban la mano con los que guarnecian el Bastan. Servia de reserva á estas tropas en Santisteban la sesta division inglesa. D. Francisco Longa con la suya mantenía las comunicaciones entre esta izquierda de los aliados y las divisiones del cuarto ejército español colocadas á orillas del Bidasoa y en los pueblos de Guipúzcoa.

Siendo el plan del mariscal Soult acometer á un tiempo por Roncesvalles y por el puerto de Maya, término del Valle de Bastan, reunió para ejecutarlo en San Juan de Pié de Puerto el 24 de julio sus alas derecha é izquierda con una division del centro y dos de caballeria. El movimiento del lado de Roncesvalles lo dirigia Soult en persona al frente de 35,000 hombres, dejando el del lado de Maya al cuidado de Drouet con 15,000. Empezó la acometida en la mañana del 25 hácia las entradas de Roncesvalles, cuya posicion defendió tenazmente el general Bying apoyado por sir Lowry Cole, hasta que en la tarde se replegaron ambos á Lizoain y cerca-

nias de Zubiri, para evitar ser envueltos por la superioridad de las fuerzas contrarias. Defendió entonces tambien largo rato el edificio y fábrica de municiones de Orbaiceta el regimiento de Leon, dirigido por el teniente coronel Aguiar. En la misma mañana empezó á obrar por el puerto de Maya el general Drouet, queriendo habérselas especialmente con la division del conde de Amarante, colocada á la derecha. Sagaz el gefe frances, y deseando engañar á su contrario, se limitó al principio á ligeros amagos, recogiendo en seguida su gente en una montaña detras de un paso angosto, de donde salió rápidamente en la fuerza del calor del dia, y aprovechando el descuido de dos centinelas puestos de atalaya en un alto, desalojó á los aliados de su posicion. Repuestos estos de la sorpresa, y ayudados de la brigada del mayor general Barnes, la recobraron luego, y solo la abandonaron cuando sabiendo Hill lo ocurrido en Roncesvalles, mandó se replegasen todos sobre Irurita. Pelearon los aliados en este dia por espacio de 7 horas, perdiendo 4 cañones y 600 bombas. Wellington, en camino de San Sebastian, no supo hasta la noche los aciagos sucesos del dia.

El general Drouet permaneció en el puerto de Maya sin hacer movimiento alguno en todo el 26: no así Soult que avanzó en la tarde del mismo dia, intentando nuevos ataques. Hallábanse los aliados prevenidos y mas fuertes, habiendo avanzado el general Picton á sostener á los de Lizoain, y juntos todos, se replegaron escaramuzando á un puesto ventajoso, donde se mantuvieron firmes y forrados en batalla hasta despues de cerrada la noche. El 27 continuaron retirándose á fin de buscar un sitio mas propio para cubrir el bloqueo de Pamplona, apostando con este objeto su derecha enfrente de Huarte, y su izquierda en los cerros que hacen cara al pueblo de Villaba, descansando parte (inclusos los regimientos españoles del Principe y Pavia) en un viso que resguarda el camino de Zubiri y Roncesvalles, y parte en una ermita detras de Sorauren, via de Ortiz. Colocáronse cerca y de respeto la division de D. Pablo Morillo y el conde del Abisbal con todo el ejército de reserva de Andalucía, escepto 2,000 hombres destinados al bloqueo de Pamplona, quedando la caballeria inglesa del mando de sir Stapleton Cotton á la derecha sobre Huarte, como único descampado en donde podia maniobrar.

La noticia de la aproximacion del mariscal Soult alborozó á los franceses de la plaza, decidiéndolos á hacer alguna salida, cuyo éxito les proporcionó ocasion de aumentar su pasagero júbilo. Por ausencia del conde del Abisbal dirigia el bloqueo D. Carlos España, estando á sus ordenes D. José de Aymerich con los dos mil hombres del ejército de Andalucía que allí habian quedado. Los franceses acometieron á este último, cogiéndole algunos cañones, y el daño hubiera sido mayor á no ser por la serenidad de D. Carlos España que rechazó briosamente á los sitiados y los hizo acogerse á la plaza.

El 27 llegó Wellington á las estancias en que Picton y Cole se habian situado aquel dia, casi á tiempo en que Soult, teniendo á sus inmediatas órdenes á los generales Reille y Clausel, empezaba á formar su gente en una montaña que se dilata desde Ortiz hasta Zubiri. Aqui y en otros puntos vecinos colocó dicho mariscal un cuerpo numeroso de caballeria, destacando por la tarde una columna para apoderarse de una eminencia empinada, á la derecha de la division del general Cole. Ocupábanla un regimiento portugues y el español de Pavia mandado por su bizarro coronel D. Francisco Moreda, defendiendo ambos el puesto denodadamente y á la bayoneta. La importancia de aquel punto exigia los mayores esfuerzos por conservarlo, y así reforzó Wellington con el regimiento ingles número 40 y con el español del Principe á las órdenes de su benemérito teniente coronel D. Javier Llamas. Con esto se logró frustrar allí los intentos de Soult; pero no pudo evitarse que se apoderára de Sorauren, en el camino de Ortiz, sosteniendo un vivo fuego de fusileria todo lo largo de la línea hasta boca de noche, preludio de mayores empeños al siguiente dia.

En la mañana de este incorporóse á los de Wellington la division del general Pack, siendo destinada á ocupar las alturas del valle de Lanz, á retaguardia de Cole.

Atacóla luego el mariscal Soult con superiores fuerzas; pero fué rechazado con pérdida de alguna gente. Repitió su ataque el frances para apoderarse de una ermita próxima, pero sus esfuerzos no le dieron mejor resultado. Estendióse entonces la pelea por todas las cimas, y en sus diferentes puntos tocó á los franceses la peor parte, menos en el que se alojaba la brigada de la cuarta división británica que mandaba el general Ross, en donde consiguieron ventaja, situándose en la misma línea de los aliados; pero acudiendo prontamente el general ingles recuperó lo perdido. Rechazado Soult en todos los sitios empezó á perder la esperanza de auxiliar á Pamplona, y para quedar desembarazado en la retirada que ya temia, envió cañones, heridos y muchos bagages camino de San Juan de Pié de Puerto.

Ninguna operacion tuvo lugar el día 29, permaneciendo los ejércitos observándose mutuamente. El general Hill recibió orden de aproximarse adonde estaba Wellington, marchando sobre Lizaso: lo mismo se ordenó á Dalhousie, debiendo este prolongar su estancia hasta Murcalain para afianzar las comunicaciones del ejército, que se puso asi todo en inmediato contacto. Los franceses por su parte se reconcentraron tambien, arrojándose al cuerpo principal el general Drouet en observacion del general Hill.

Los movimientos de los aliados decidieron al mariscal Soult á auxiliar á San Sebastian, ya que no habia podido hacerlo á Pamplona, y como lo que mejor podia favorecer su proyecto era la celeridad, dispuso sacar repentinamente tropas de su izquierda para robustecer su derecha, tratando de abrise paso por el camino de Tolosa, abrazando la izquierda de los aliados. Advirtió lord Wellington esta manobra antes de amanecer el día 30, y penetrando desde luego los intentos de su contrario, determinó atacarle en sus mismos puestos, aunque tan fuertes. Para ello ordenó á lord Dalhousie envolver la derecha enemiga trepando á la cresta de la montaña que tenia delante, y lo mismo mandó respecto de la izquierda á sir Thomas Picton, debiendo este dirigirse camino de Roncesvalles. Efectuados estos movimientos por los flancos, arremetió Wellington por el frente, y con tanto acierto y vigor, que los franceses se retiraron abandonando aquellas posiciones en que tanta confianza tenian.

Mientras tanto atacó el general Drouet á sir R. Hill, consiguiendo á beneficio de un rodeo envolver su izquierda y obligarle á retroceder hasta colocarse en unos cerros cerca de Eguarás, en los que firme el ingles burló todos los esfuerzos del frances para desalojarle, dando asi tiempo á Wellington para que desembarazado del mariscal Soult se situase antes de anochecer en Olague á retaguardia de Drouet, quien sabedor de ello, se escabulló diestramente durante la noche por el paso de Doñamaria, dejando dos divisiones que cubriesen la retirada. Reforzado á la sazón Hill, fué tras de ellos y logró ahuyentarlos.

Lord Wellington se movió al mismo tiempo via de Velate sobre Irurita, inclinándose á Doñamaria, y el general Bying cogió por su parte en Elizondo un convoy de municiones de boca y guerra. El 4.º de agosto continuaron los aliados la persecucion del enemigo por los valles del Bidasoa y del Bastan, posesionándose del punto de Maya, y al caer de la tarde hallábanse ya la divisiones aliadas casi en el mismo campo donde habian empezado las operaciones ocho dias antes. El enemigo por su parte volvió á entrar en Francia en un estado poco lisonjero y bastante á menguar la arrogancia de Soult.

La distancia en que se encontraban las principales fuerzas del cuarto ejército español, no les permitió tomar parte en estos combates, mas no por eso dejaron de coadyuvar al definitivo éxito. Supo su general al amanecer del 4.º lo ocurrido por el lado de Pamplona, y previendo que alguna columna enemiga se replegaría por Santisteban, accedió á la propuesta de D. Francisco Longa que quiso incomodarla, mandando ademas á D. Pedro de la Bárcena ocupar con la primera brigada de su division los puntos de Vera y Lesaca. Noticioso Longa de que los enemigos iban en retirada, adelantó tres compañías al puente de Yanci, y sostenidas estas por Bárcena, disputaron el paso á los franceses por espacio de cinco

horas el día 1.º de agosto. Este glorioso reencuentro, tan honroso á las armas españolas, mereció justos encomios de lord Wellington. Ascendió la pérdida del ejército aliado en el continuo pelear de estos días á 6,000 hombres entre muertos, heridos y extraviados, y pasó de 8,000 la de los franceses.

Quiso lord Wellington aprovechar el tiempo que necesariamente tenia que emplear Soult en reponerse de su descalabro, para apretar por su parte el sitio de San Sebastian. Suspendido este en julio, emprendióse de nuevo el 25 de agosto, proponiéndose los ingleses franquear mas las brechas anteriores y abrir otra en el semibaluarte de Santiago, á la izquierda del frente principal. Con este objeto aumentaron baterías en el istmo y al otro lado del Urumea. Tambien desembarcaron fuerzas en la isla de Santa Clara, roca erguida á la boca del puerto y la tomaron, haciendo prisioneros á unos 30 soldados que la guardaban.

El 31 de agosto, creyéndose las brechas bastante practicables, se dispuso el asalto, y á las once de la mañana, hora de la baja mar, salieron de las trincheras las columnas de ataque. Fué impetuoso en verdad, y no con menor brio lo recibió el enemigo. En la lucha encarnizada á que dió lugar, el resultado hubiera sido ventajoso al frances, si por dicha de los aliados no se hubiese prendido fuego á un acopio de materias combustibles almacenadas cerca de la brecha, causando tan horrible estampido, que los enemigos se sobrecogieron y espantaron, aprovechando entonces los anglo-portugueses esta confusion para apoderarse de la cortina y meterse dentro de la ciudad. Los franceses, ya en desórden, se refugiaron dentro del castillo, cogiendo los aliados en la retirada unos 700 prisioneros. Tuvieron los sitiadores mas de 500 muertos y sobre 1,500 heridos, contándose entre los primeros al ilustre ingeniero sir Ricardo Fletcher, principal trazador de las memorables líneas de Torres-Vedras.

El triunfo de los anglo-portugueses fué seguido de tristes sucesos que por no manchar nuestras páginas quisiéramos omitir; pero somos historiadores, y no está en nuestra mano pasar por alto semejantes acontecimientos, por mas que escandalicen, repugnen y degraden á la humanidad.

Los pacíficos habitantes de la leal ciudad de San Sebastian, saltando de júbilo por encima de sus arruinados edificios, y despreciando el silbido de las balas que aun se cruzaban, salieron con los brazos abiertos al encuentro de los que miraban como libertadores; y estos respondieron á tan fraternales demostraciones de afecto con amenazas, insultos y malos tratos. Tan inesperadas primicias anunciaban ya á los infortunados vecinos todo lo que podian esperar de sus nuevos huéspedes. Los temores de la poblacion se realizaron pronto, entrando los aliados en San Sebastian como pudiera hacerlo en una ciudad enemiga un ofendido y sanguinario conquistador, que impulsado de antiguos resentimientos la condenára á la destruccion y al pillage. Robos, violencia, muertes, horrores inauditos sucediéronse con presteza y atropelladamente. El frenético ingles no perdonó ni el pecho indefenso del jóven, ni la encanecida cabeza del anciano, ni el inocente cuello del infante: nada sirvió de escudo á la crueldad; nada pudo evadirse de la licencia y desenfreno de la soldadesca, que furiosa forzaba á las hijas en el regazo de las madres y á las esposas en los brazos de los maridos, y como sino bastase tanto horror, fué preciso que viniese á aumentarlo el incendio á que la poblacion fué entregada, quedando solo en pié 40 casas de mas de 600 que antes contaba San Sebastian, y de las cuales solo 60 habian sido destruidas durante el sitio. Caudales, mercaderías, papeles.... todo pereció entre las llamas, incluso los archivos del consulado y ayuntamiento, precioso depósito de esquisitas memorias y antigüedades. Mas de 1,500 familias quedaron reducidas á la miseria, maldiciendo al inicuo aliado, que con tanta y tamaña ingratitud pagaba el heroísmo del pueblo cuyo arrojó habia alejado de sus peñascos al coloso de las Tullerías... ¿Qué mas pudieran haber hecho las hordas mas salvages del Africa?

Las autoridades españolas pusieron el grito en el cielo, y el ayuntamiento y muchos vecinos reunidos en la comunidad de Zubieta elevaron á lord Wellington enér-

gicas y sentidas representaciones, aunque todas inútiles; mas lo que no alcanzaron del apático caudillo británico, consiguieronlo del noble fuego de amor patrio que ardía en sus magnánimos pechos, siendo dignas de eterna memoria las actas de las tres sesiones celebradas en aquel sitio, de las cuales resultó no solo la explotación de medios para enjugar las lágrimas de tantos infelices, sino tambien la gigantesca idea de hacer renacer la ciudad de entre sus mismas cenizas. Reedificóse en efecto San Sebastian en pocos años á espensas de sus solos moradores, siguiéndose en su construccion una tan hermosa traza, que distingue con razon á aquel pueblo entre las poblaciones modernas. Pero la bella, galana y elegante perspectiva que ofrece ahora aquella ciudad, si bien honran de un modo extraordinario á los hijos de su heroico suelo, es tambien un padron de ignominia para las huestes británicas, cuyo oprobio en tal ocasion solo puede parangonarse con el de que siguen cubriéndose en las remotas regiones de la India, devastadas en términos análogos por el sanguinario breton.



LOS INGLESES EN SAN SEBASTIAN.

Pensando los franceses en socorrer á San Sebastian desde que se renovó el sitio en agosto, intentaron verificarlo por donde estaba el cuarto ejército, á cuyo frente se hallaba ya un nuevo gefe, pues D. Francisco Javier Castaños habia sido llamado á Cádiz para desempeñar su plaza en el Consejo de Estado, y destinado tambien á Cataluña el que hacia sus veces D. Pedro Agustín Giron. Sucedió á ambos el mariscal de campo D. Manuel Freire, que tomó posesion de su cargo el 9 de agosto en Oyarzun, quedándose tambien por este lado Giron para mandar el ejército de reserva de Andalucía, de resultas de haber partido para Córdoba con licencia temporal el conde del Abisbal á restablecerse de antiguas dolencias. El cuarto ejército se encontraba á la sazón hácia los mismos sitios de antes, aunque mas avanzado á la frontera, hallándose la tercera division en los campos de Sorueta y Enacoleta, parte de la quinta en San Marcial, y la séptima en Irun y Fuenterrabia. Estos eran los puntos de la primera estancia. A retaguardia formaba segunda línea ó reserva detras de la tercera division, ó sea derecha, la de D. Francisco Longa y dos brigadas de la cuarta division británica, que ocupó unas alturas á la derecha del monte de Aya. Una brigada portuguesa se situó en Lesaca, y por la izquierda y á la espalda de Irun permaneció la primera division británica del mando del general Howard y la brigada de lord Aylmer.

El 31 de agosto muy de mañana presentáronse considerables fuerzas enemigas

en los vados de Socoa y Saraburo para pasar con rapidez el Bidasoa por el último, como lo consiguieron, arrollando los puestos avanzados de los españoles, y posesionándose de la altura de Irachával, punto arbolado y por lo tanto propio para ocultar las columnas de ataque y moverlas encubiertamente. Así lo dispusieron, amagando por su derecha á San Marcial, via del monte de los Lobos, y procurando por su izquierda apoderarse de la posición importante de Loroya, introduciéndose para ello en la encañada de Ercuti. En este punto fueron rechazados completamente por el regimiento de voluntarios de Asturias, por el primero de tiradores cántabros y por algun otro. Mejor fortuna tuvieron al principio los franceses hácia San Marcial, pero gozaron poco sus ventajas, pues acudiendo luego el regimiento de Laredo y otros refuerzos, se vieron precisados á ceder y regresar bien escarmentados al punto de donde habian salido.

Firme el frances en su propósito, repitió nuevos ataques para apoderarse de Soroya, pero todos infructuosos, aunque con la desgracia por nuestra parte de caer muerto en una de las embestidas el bizarro coronel de Asturias D. Fernando Miranda, cuya muerte fué muy sentida en el ejército.

En la misma mañana, y al amparo de su artillería, echaron los enemigos un puente volante junto al punto llamado de las Nasas, por el que atravesando aceleradamente sus columnas, dirigieron á penetrar hasta el puerto de San Marcial acometiendo al centro nuestro y á parte de la derecha; pero repeliólas con singular intrepidez y valor la primera brigada de la quinta division conducida á la victoria por su tan valiente cuanto despues desgraciado comandante general D. Juan Diaz Porlier, habiendo tambien acudido á la accion el segundo batallon de marina, que corrió á sostener á sus compañeros desde la eminencia de Portó.

Rechazados los enemigos de todos los puntos, no desmayaron aun, antes bien atacaron con vigor el último sitio citado y toda la izquierda de los españoles. Estaba aquel guarnecido principalmente por la segunda brigada de la tercera division que dirigia D. José María Ezpeleta, quien recibió firme y con serenidad á un sin número de cazadores que apoyados en dos columnas de infanteria le embistieron enérgicamente. No pudieron, sin embargo, impedir los nuestros que en el primer impetu se apoderasen los contrarios de las barracas de un campamento establecido en una de aquellas cimas; mas con la oportuna llegada de la cuarta division, sostenida por la primera de Porlier y el segundo batallon de marina, mandados ahora uno y otra por D. Gabriel de Mendizabal, fueron arrollados y acosados los franceses en términos que espelidos de todos los puntos y tambien del de Portó, que cerraba por allí la línea, comenzaron á repasar el rio, hostigados siempre por nuestras tropas. Distinguiéronse ahora, ademas de los ya espresados, los regimientos de Guadalajara, segundo de Asturias y la Corona, y en la última carga tres batallones de voluntarios de Guipúzcoa que dirigia D. Juan Ugartemendia. Merece tambien honorífica mención la segunda compañía de artilleros acaudillada por don Juan Loriga.

Al mismo tiempo que los enemigos se replegaban por el puente de las Nasas, abandonaron igualmente en nuestra derecha el monte de Irachával y cruzaron el Bidasoa por el vado de Saraburo, aunque con bastante molestia, por haberse hinchado el rio con la lluvia que empezó á la tarde y arreció despues estraordinariamente.

No descuidaron los franceses el llamar la atención de los nuestros por los vados superiores, y aun atacaron por el extremo de la derecha española, enfrente de donde se alojaba la novena brigada portuguesa, en cuya ayuda mandó Wellington al general Inglis, quien con su division impuso respeto á los enemigos, obligándoles á desistir de su empeño.

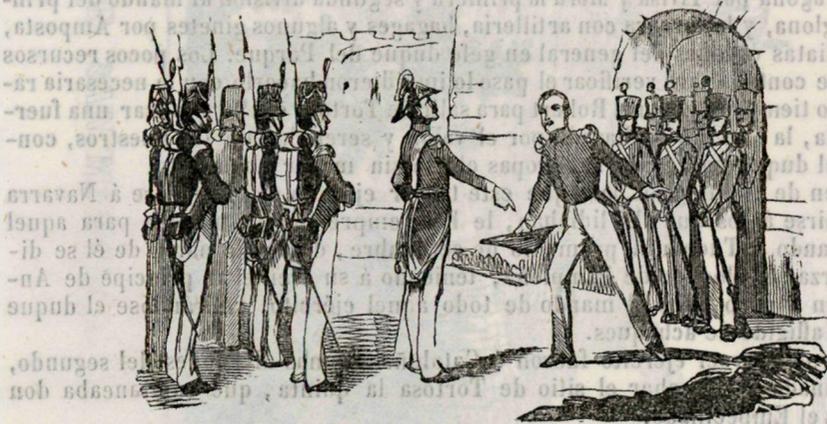
Vencidos, pues, los franceses en todos los puntos y batidos hasta dentro de su mismo territorio, terminó esta accion el 31 de agosto con harta gloria para los españoles y no poca para D. Manuel Freire, que la dirigió atinada y metódicamente. Llamáronla de San Marcial, del nombre de la sierra así titulada, no siendo la pri-

mera vez que en este punto han triunfado nuestras armas de las extranjeras, pues la ermita que se divisa en su cumbre recuerda al frances el descalabro que padecieron allí sus huestes el día de aquel santó del año 1522, en la accion que les ganó D. Beltran de las Cuevas, primogénito de los duques de Alburquerque.

Perdieron los españoles en esta memorable jornada entre muertos y heridos 1,658 hombres, muchos mas los franceses, y muy pocos los anglo-portugueses, no habiendo estos apenas tomado parte en la accion. Wellington se presentó solo á lo último, y justo apreciador del valor de nuestras tropas, decia de ellas en el parte que dió de esta accion, « que se habian portado en San Marcial como las mejores del mundo. »

En medio de tantos desastres sufridos por los franceses, permanecia firme el general Rey en el castillo de San Sebastian desechando las proposiciones que le hicieron los aliados el 3 de setiembre, en cuya vista resolvieron estos estrecharle mas. Para ello el día 5 tomaron el convento de Santa Teresa, cuya huerta estaba contigua al cerro del castillo, pudiendo los enemigos desde sus cercas molestar á los sitiadores.

Reduplicaron despues los aliados sus baterias, anunciando á los contrarios su próxima destruccion 59 morteros, obuses y cañones, y entonces, conociendo los franceses lo inútil de su resistencia, capitularon y se entregaron prisioneros en la tarde del día 8. De toda la guarnicion de San Sebastian solo quedaban vivos 80 oficiales y 1,756 soldados: los demas hasta 4,000 habian perecido en la defensa de la plaza y del castillo. Los ingleses perdieron en todo el sitio 2,490 hombres entre muertos, heridos y estraviados.



RECONQUISTA DE SAN SEBASTIAN.

La fortuna que tan á manos llenas habia derramado sus favores sobre las armas aliadas en las márgenes del Bidasoa, no se mostraba siempre con ellas tan propicia en Calaluña. Dejamos á lord Bentinch, al terminar julio, sitiando á Tarragona con la division de Wittingam y la primera del tercer ejército, apostadas las otras en las inmediaciones. La plaza quedó del todo rodeada el 1.º de agosto. El general Copons se aproximó tambien con su ejército, incomodando con él á los franceses y cortándoles las comunicaciones y subsistencias.

A esto último ayudó en gran manera la acometida que en la madrugada del 7 de agosto dió D. José Manso á un batallon de italianos que custodiaban en San Sarni los molinos que en grande abundancia suministraban harinas á los contrarios,

consiguiendo sobre ellos tan señalado triunfo, que solo se salvaron 300 de los 700 allí apostados. Los demas fueron ó muertos ó prisioneros, inutilizando Manso los molinos y apoderándose de gran porcion del acopio de harinas que en aquel sitio habia, repartiendo las otras entre los paisanos.

Por mas que Suchet ansiase socorrer á Tarragona, y principalmente salvar su guarnicion, esperaba para verificarlo á que se le reuniesen los generales Decaen, Mathieu y Lamarque, cuyas fuerzas juntas ascendian á 30,000 hombres, inferiores quizas en número á las de los aliados, pero superiores por ser mas compactas y aguerridas. El conocimiento de la calidad de las suyas exigia de lord Bentinck detenimiento y prevision. Reunidos los generales enemigos, resolvieron avanzar, yendo Decaen la vuelta de Valls y del Fraucoli, y el mariscal Suchet por el camino de Vendrell y Altafulla.

Lord Bentinck, aunque se colocó en órden de batalla delante de Tarragona, no lo hizo con ánimo de pelear, sino para disfrazar su retirada, que emprendió la noche del 15. Siguiéronle en ella los franceses los dias 16 y 17 hasta los desfiladeros del Hospitalet que no franquearon, pensando solo Suchet en demoler y evacuar á Tarragona. Verificó así, haciendo volar la noche del 18 todas las fortificaciones. Bertoletti con sus 2,000 hombres se incorporó á su ejército, reconcentrado ahora en la linea del Llobregat.

La division española del segundo ejército mandada por D. Pedro Sarsfield entró al dia siguiente en Tarragona, y de entre sus ruinas sacó cañones y otros aprestos militares. Quedó en Reus y Valls la division de Wittingham: lord Bentinck volvió á situarse en Villafranca, ayudado por su izquierda del general Copons, apostado en Martorell y San Sardurni.

El tercer ejército se dirigió á la derecha del Ebro, yendo desde las inmediaciones de Tarragona por Tivisa y Mora la primera y segunda division al mando del príncipe de Anglona, y la tercera con artilleria, bagages y algunos ginetes por Amposta, á las inmediatas órdenes del general en jefe duque del Parque. Los pocos recursos con que este contaba para verificar el paso le impidieron hacerlo con la necesaria rapidez, dando tiempo al general Robert para salir de Tortosa el 19 y realizar una fuerte acometida, la que fué rechazada por el valor y serenidad de los nuestros, consiguiendo el duque pasar con sus tropas el rio sin mayor quebranto.

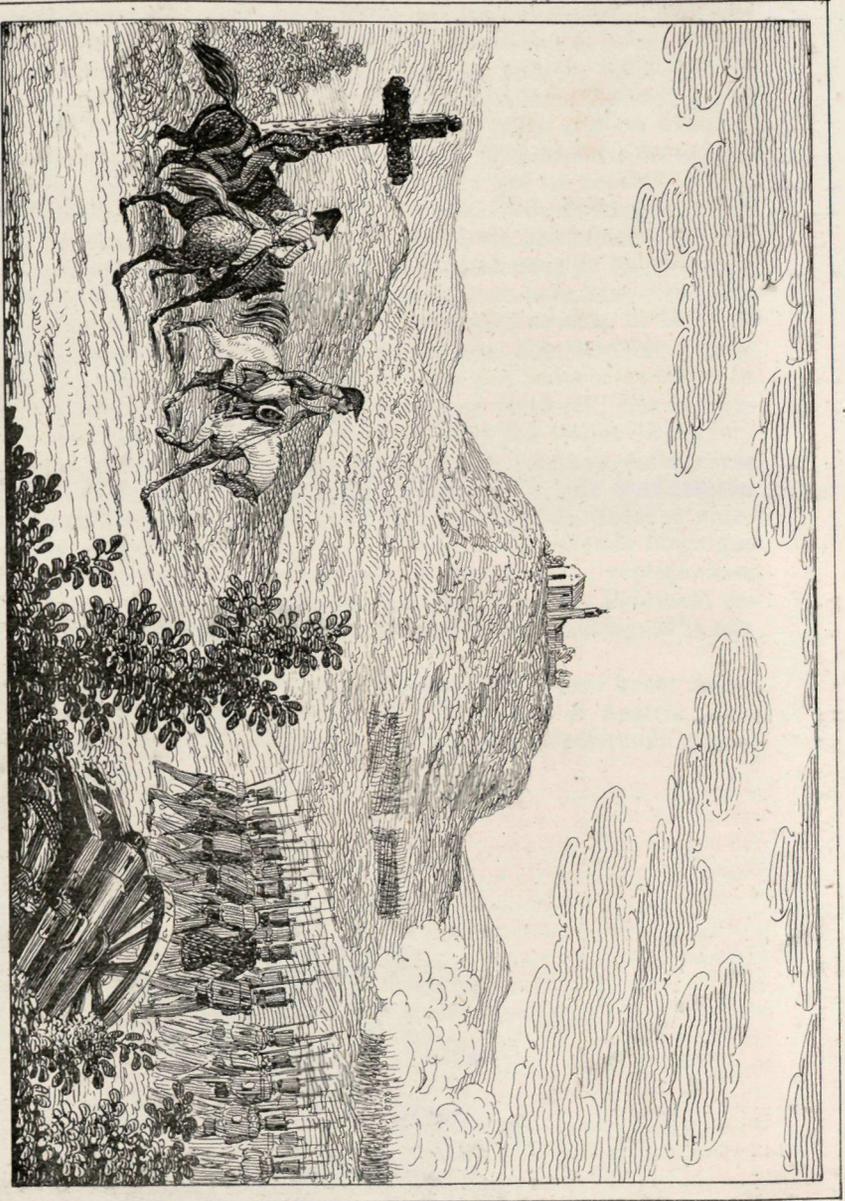
La órden de Wellington para que este tercer ejército se trasladase á Navarra á fin de unirse á los que allí lidiaban, le hizo emprender su marcha para aquel punto, llegando á Tudela al promedio de setiembre, de donde parte de él se dirigió á reforzar el bloqueo de Pamplona, teniendo á su frente al príncipe de Anglona, quien á poco tomó el mando de todo aquel ejército, retirándose el duque del Parque afligido de achaques.

En lugar del tercer ejército fueron á Cataluña algunas divisiones del segundo, siendo destinada á estrechar el sitio de Tortosa la quinta, que capitaneaba don Juan Martín el Empecinado.

El mariscal Suchet entretanto habia afirmado su estancia en la linea del Llobregat, fortificando la cabeza del puente de Molins de Rey y construyendo algunos reductos á la izquierda de aquel rio.

Lord Bentinck permanecia en Villafranca y pueblos de enfrente, y en el difícil paso de Ordal, distante tres leguas, colocó al coronel Adams con una columna compuesta de un regimiento británico, otro calabrés y una brigada de la division española de Sarsfield, que mandaba D. José de Torres. Situóse á éste en la izquierda con dos compañías inglesas, y en lo alto de la eminencia llamada la Cruz de Ordal á los calabreses, metidos en un reducto antiguo y dueños de cuatro cañones pequeños, apostándose en la derecha el resto de las fuerzas inglesas.

No le gustaba á Suchet ver á los aliados ocupando aquella posicion: para arrojarnos de ella, tuvo que ponerse de acuerdo con Decaen, no presentándose fácil la empresa, siendo Ordal escarpado sitio, con avenida que culebrea por largo espacio y ciñen vecinos cerros. Previstas todas estas dificultades por el mariscal



Zarza, E. y H.^{os}

BATAJIA DE SAN MARCIAL.

Il. de Perez y Llanos.



frances, le pareció lo mas oportuno acometer de repente y de noche á los aliados con ánimo de sorprenderlos.

Trabóse la refriega la noche del 12 al 13, habiendo adelantado el general Mesclap, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Arispe, muchos tiradores apoyados de otras fuerzas contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, los cuales tenian tambien parte de su gente en el camino real. Primera y segunda vez se estrellaron los esfuerzos del frances contra el valor y serenidad de nuestros soldados. Generalizóse luego el fuego por toda la línea, con la desgracia de quedar herido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo cual recayó el mando en D. José de Torres. Irritados los enemigos al verse rechazados, redoblaron sus esfuerzos para un nuevo ataque, y en la primera furia de su acometida desalojaron á los nuestros de un puesto importante que se recobró luego, debiéndose en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ordal. La temeridad del frances se aumentaba con la resistencia de los aliados, y así, luego que vió el enemigo frustradas sus tentativas por este lado, ideó otra sobre la derecha que amparaban los ingleses, destacando en contra suya la division de Habert que logró su objeto arrollando á los que se le oponian. Este descalabro obligó á ciar á los de la izquierda y centro, dirigiéndose hácia San Sadurní en busca de las fuerzas del general Copons que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas los calabreses encontrándose con tropas de Decaen, tuvieron que retroceder, y cruzando el camino de Barcelona, lograron embarcarse en Sitges, perdiendo los cañones, mas no los soldados estraviados, que consiguieron incorporarse con D. José Manso. Los restos de la derecha aliada de Ordal se unieron á Bentinck, el cual avanzó al ruido de la contienda, retrocediendo luego que supo su infeliz desenlace. No hubo despues acciones de importancia, replegándose al Llobregat el mariscal Suchet y los aliados á Tarragona, cuyo gefe, Bentinck, entregó en breve el mando á sir Guillermo Clinton, á cuyo general acompañaba una bien adquirida reputacion.

Estos sucesos, aunque desgraciados, eran ya poco poderosos para hacer dudar del feliz término de la lucha nacional, especialmente desde que el Austria, despues de sus largas dudas, se unió á la confederacion europea, declarando guerra á la Francia el 12 de agosto.



frances, le pareció lo mas oportuno acometer de repente y de noche á los aliados con ánimo de sorprenderlos.

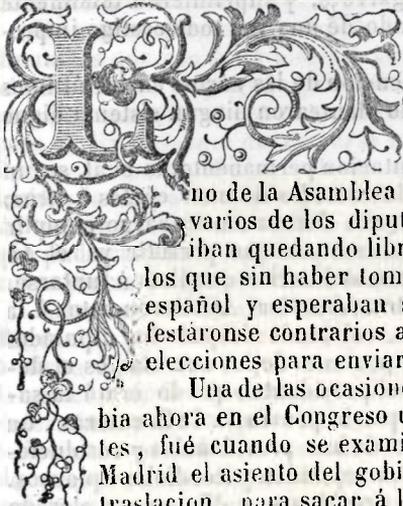
También la retórga la noche del 12 al 13, habiendo adelantado el general Masséu, que se hallaba á la cabeza de la columna del general Arago, muchos tiradores apoyados de otras fuerzas contra la izquierda aliada, en donde se apostaban los españoles, los cuales tenían tambien parte de su gente en el camino real. Vieron y segunda vez se estrecharon las columnas del francés contra el valor y serenidad de nuestros soldados. Generosamente luego el fuego por toda la línea, con la destrucción de quedar herido á poco gravemente el coronel Federico Adams, por lo cual recibió el mando en D. José de Torres. Levantados los enemigos al verse rechazados, redoblaron sus esfuerzos para un nuevo ataque, y en la primera línea de su acometida despojaron á los monjes de un puesto importante que se recibió luego, debidos en particular el triunfo á los granaderos y cazadores de Aragon, á dos compañías inglesas, y á los tiros de metralla de la artillería británica en la Cruz de Ochal. La tenacidad del francés se aumentaba con la resistencia de los aliados, y así luego que vió el enemigo frustradas sus tentativas por este lado, ibó otra sobre la derecha que ocupaban los ingleses, destacando en contra suya la division de Hubert que logró su objeto arrojando á los que se le oponian. Esta destacamento pilló á clar á los de la izquierda y centro, dirigiéndose hacia San Sabun en busca de las fuerzas del general Gobons que andaban por allí y por Martorell. Los españoles se unieron á los suyos, mas los capataces concentrándose con tropas de Bescan, tuvieron que retroceder, y cruzando el camino de Barcelona, legaron embarracados en Sitges, perdiendo los cañones, mas no los soldados estraviados, que consigieron incorporarse con D. José Manso. Los restos de la derecha aliada de Ochal se unieron á Bentick, el cual avanzó al ruido de la contienda, retrocediendo luego que supo su infeliz descaluce. No hubo después acciones de importancia, repeliéndose al labregar el mariscal Suchet y los aliados á Tarragona, cuyo jefe, Bentick, creyó en breve el mando á sir Guillermo Clinton, á cuyo general acompañaba una bien adquirida reputacion.

Estos sucesos, aunque desgraciados, eran ya poco poderosos para hacer dudar del feliz término de la lucha nacional, especialmente desde que el Austria, despus de sus largos dadas, se unió á la confederacion europea, declarando guerra á la Francia el 12 de agosto.



CAPITULO XLIV.

Córtes.—Nuevos diputados.—Discusion sobre trasladarse á Madrid.—Se aplaza la traslacion.—Nuevos debates sobre la materia.—El diputado Antillon.—Varias medidas adoptadas por las córtes.—Se nombra la diputacion permanente.—Cierran las córtes extraordinarias sus sesiones el dia 14 de setiembre.—Obsequios del pueblo á los diputados.—La fiebre amarilla en Cádiz.—Quiere el gobierno salir de aquella ciudad.—Descontento del pueblo con este motivo.—Toma parte en el asunto la diputacion permanente.—Vuélvense á abrir el 16 las córtes extraordinarias.—Acalorados debates.—Ciérranse de nuevo el dia 20 las córtes extraordinarias.—Fallcen varios de sus mas distinguidos vocales.—Constitúyense y abren sus sesiones en Cádiz las córtes ordinarias.—Se trasladan con el gobierno á la isla de Leon.—Auméntase en estas córtes el partido anti-reformador.—Atentado contra el diputado Antillon.—Diputados que se distinguen en estas córtes.—Sus primeras tareas.—Debates sobre el mando de Wellington.—Trasládanse de la isla á Madrid las córtes y el gobierno.—Males causados por esta resolucion.—Estado de la guerra.—Ejército aliado en el Bidasoa.—Posicion de las fuerzas enemigas.—Prepáranse los aliados á pasar el Bidasoa.—Verificanlo.—Bizarro porte del cuarto ejército español.—Se distingue tambien el de reserva de Andalucía.—El ejército aliado en Francia.—Providencias de Wellington.—Buen porte de las tropas españolas.—Bloqueo de Pamplona.—Situacion y fortificaciones de esta plaza.—Rechaza D. Carlos España las proposiciones del gobernador frances.—Se rinde Pamplona.—Entran en ella los españoles.



os triunfos de las armas aliadas arraigaban en los ánimos de los españoles partidarios de las nuevas reformas la lisongera esperanza de ver estas consolidadas en su patria, y á consolidarlas en efecto continuaban dirigiendo sus tareas las córtes generales y extraordinarias. En el se-

no de la Asamblea se había reforzado algo el partido anti-liberal con varios de los diputados nuevamente elegidos en las provincias que iban quedando libres de la dominacion estraña. La mayor parte de los que sin haber tomado ninguna en la heroica resolucion del pueblo español y esperaban seguir viviendo de la sustancia de este, manifestáronse contrarios al espíritu liberal de las córtes, influyendo en las elecciones para enviar á estas enemigos que lo combatiesen.

Una de las ocasiones en que con mas evidencia se conoció que no había ahora en el Congreso una mayoría tan numerosa y compacta como antes, fué cuando se examinó en ellas si era ó no conveniente trasladar á Madrid el asiento del gobierno, estando todo el partido anti-liberal por la traslacion, para sacar á las córtes de Cádiz, cuyos moradores, decididos todos por el nuevo sistema, estaban resueltos á sostenerlo por todos los medios posibles.

A este asunto, que se promovió sin resultado en 1812, le dió ahora nuevo impulso una esposicion del ayuntamiento de Madrid, atento este á su propio interes, y temeroso de que se escogiese en lo sucesivo otro pueblo para cabeza del reino; pro-

videncia reclamada en todos tiempos por la economía y la política, y á la cual se inclinaban varios diputados de los de mas ilustracion, deseosos de enmendar el grave desacuerdo de sentar la capital de una nacion eminentemente marítima en lo mas interior de ella, y en un pueblo como Madrid, fundado en pais estéril, árido, de desigual y estremada temperatura, sin industria, sin verdadero comercio, y compuesto en general de empleados y clases meramente consumidoras.

La esposicion del ayuntamiento de Madrid pasó á informe de la Regencia y del Consejo de Estado, y ambas corporaciones opinaron que por entonces no debia moverse el gobierno de donde estaba; dictámen que aprobaron las córtes en sesion del 9 de agosto.

No por eso aflojaron en su intento los diputados que deseaban la traslacion, proponiendo en seguida uno de ellos que las sesiones de las córtes ordinarias, cuya instalacion estaba señalada para el 1.º de octubre, se abriesen en Madrid y no en otra parte. Tan impensado incidente suscitó discusion muy viva, y al decidirse el asunto resultó empatada la votacion. Previsto ya este caso en el reglamento interior de las córtes, se repitió la votacion, como aquel ordenaba, al dia siguiente, quedando en ella desechada la proposicion por solos 4 votos, pasando de 200 el número de votantes.

Entre los nuevos diputados que unidos al partido reformador se distinguieron en estos debates, sobresalia D. Isidoro Antillon, célebre geógrafo, de erudicion no comun, de punzante elocuencia y digno de la estimacion de todas las personas ilustradas.

Otras varias medidas de utilidad comun adoptaron las córtes en los últimos meses de su legislatura. La agricultura y ganaderia; el método y franquía de los arrendamientos, de posesiones vinculadas ó libres; el establecimiento de escuelas prácticas de agricultura y economia civil; el afianzamiento de la propiedad de los escritos, y diferentes otros asuntos de general interes quedaron arreglados por los legisladores de Cádiz.

No satisfechos estos con las mejoras introducidas en el orden judicial, y con haber abolido y modificado, segun apuntamos, varias disposiciones y prácticas en lo criminal contrarias á las luces del siglo, prosiguiendo en el mismo intento abolicieron la pena de horca, sustituyéndola con la de garrote, y suprimieron totalmente la infamatoria y vergonzosa de azotes, desterrando de una vez todo castigo impropio de la dignidad del hombre.

La hacienda llamó tambien justamente la atencion de las córtes en los últimos meses de sus sesiones, aunque á decir verdad, no plantearon ningun sistema digno de memoria.

El 8 de setiembre nombraron las córtes la diputacion permanente, la cual, segun la Constitucion, habia de quedar instalada en el intermedio de unas córtes á otras; y aunque se anunciaba que seria corto el actual, era fuerza sin embargo cumplir con aquel artículo constitucional, teniendo la permanente que presidir ya el 15 del propio mes las juntas preparatorias de las córtes ordinarias que iban á juntarse.

El 14 era el dia señalado para cerrarse las extraordinarias. Asistieron estas á la Catedral, en donde se cantó un solemne *Te Deum*, volviendo despues los diputados al salon de sus sesiones, en donde leído que fué por uno de los secretarios el decreto de separacion acordado antes, pronunció el presidente, que lo era á la sazón D. José Miguel Gordoá, diputado americano por la provincia de Zacatecas, un discurso apologético de las córtes y especificativo de sus providencias y resoluciones, el cual fué recibido por los circunstantes con repetidos y cordiales aplausos. Seguidamente tomó otra vez la palabra el mismo presidente, y dijo en voz elevada y firme: «Las córtes generales y extraordinarias de la nacion española, instaladas en la isla de Leon el 24 de setiembre de 1810, cierran sus sesiones hoy 14 de setiembre de 1815.» Firmaron luego el acta todos los diputados, con lo que, considerándose disueltas aquellas córtes, salieron del salon sus individuos entre las aclamaciones de un inmenso concurso que victoreaba á muchos de los individuos de



OBSEQUIOS Á LOS DIPUTADOS.

mas nombradía de aquella memorable asamblea. A la noche se iluminó la ciudad espontáneamente, obsequiando á los diputados lo mas florido de la poblacion con músicas y serenatas, mientras la muchedumbre henchia el aire con sus entusiasmadas aclamaciones. Asi terminaron sus trabajos las córtes generales y extraordinarias, cuya memoria será en todos tiempos grata á los amigos de la libertad y honrosa al nombre español, pues si bien cometieron faltas hijas de la inesperienza y de las circunstancias, distinguieronse por su buen celo, por su ejemplar desinterés, por su heroica constancia y por las mas de las virtudes cívicas que podian apetecerse en los legisladores de un pueblo en el largo periodo de tres años que invirtieron en sus árduas y gloriosas tareas.

Un suceso desgraciado volvió á lanzar en medio de las lides parlamentarias á los diputados que con tanta gloria acababan de despedirse de ellas. La fiebre amarilla ó vómito prieto, propagado ya en Gibraltar y en otros puntos de aquellas costas, empezaba á mostrar su ceñudo semblante en Cádiz, y esto sirvió de motivo al gobierno para al dia siguiente de cerrarse las córtes tratar de trasladarse sigilosamente al Puerto de Santa Maria, y desde allí si era necesario pasar mas adelante. Traslucióse la nueva en Cádiz, causando en el pueblo desasosiego y disgusto, oficiando tambien al gobierno sobre el asunto la diputacion permanente, temerosa de lo que pudiera influir aquella providencia en la instalacion de las córtes ordinarias, cuyas juntas preparatorias se habian abierto aquel mismo dia.

Estas insinuaciones y las particulares del diputado Villanueva detuvieron á la Regencia, y á fin de no comprometerse mas de lo que ya estaba escitó en el acto á dicha diputacion á que convocase las córtes para tratar del negocio. Critica era la posicion de la diputacion permanente en estas circunstancias, pues no era fácil determinar cual congreso debia llamarse, en atencion á que las córtes ordinarias todavia no se hallaban constituidas, y volver á juntar las extraordinarias cuando acababan de disolverse parecia violento; pero urgiendo la necesidad, no se encontró otro medio que el último, aumentándose de este modo hasta el último momento los sinsabores y disgustos de los antiguos diputados, llamándolos para decidir un asunto tan desagradable y difícil.

En suma, las córtes extraordinarias, cerradas el 14 de setiembre, abriéronse de nuevo el 16, celebrando sesiones esta noche y los siguientes dias 17, 18 y 20, sesiones en las cuales despues de acalorados debates, sin poder determinarse nada

por la incertidumbre con que la opinion comun y la misma facultad médica se expresaban sobre el estado sanitario de la plaza, dejaron la resolucion á las córtes ordinarias, próximas ya á constituirse, volviendo el congreso á separarse, no entre los aplausos que acababan de recibir seis dias antes, sino desamparadas y tristes cual lo exigian las circunstancias, mayormente habiendo pasado muchos de sus vocales desde el salon de las sesiones al lecho de la muerte, dado que escedieron de 20 los que fallecieron en pocos dias, contándose entre ellos algunos de los mas distinguidos, como fueron los señores Mejía, Vega Infanzon, Lujan y otros.

El 26 del mismo setiembre se constituyeron las córtes ordinarias, é instaláronse en Cádiz solemnemente el 4.º de octubre, habiendo nombrado antes por presidente á D. Francisco Rodriguez de Ledesma, diputado por Estremadura. Continuaron sussesiones en aquella plaza hasta el 13, en cuyo dia trasladáronse á la Isla de Leon en union con la Regencia, ya por no picar en aquella ciudad la fiebre tanto como en Cádiz, ya tambien para realizar el proyectado viage á Madrid luego que cesase la epidemia.

Mucho perdió la causa de la libertad con las nuevas córtes, pues habiendo tenido en su eleccion particular influjo los enemigos de las reformas, mandaron al nuevo congreso multitud de diputados retrógrados. Paralizaron al principio el poder de estos los de las extraordinarias que en calidad de suplentes quedaron en las actuales hasta la llegada de los propietarios, quedando á su frente el sábio D. Isidoro Antillon, antes nombrado, cuyas opiniones eminentemente progresistas escitaron contra su persona á ciertos hombres desalmados de los muchos que contaba entre sus afiliados el partido antireformador, los cuales concibieron la idea de asesinarle, tratando de realizarla en la Isla de Leon, proyecto tanto mas indigno cuanto mas imposibilitada se hallaba la víctima de emplear defensa alguna por el estado achacoso y flaco de su salud. Afortunadamente no lograron los asesinos su objeto, aunque si le



ANTILLON Y SUS ASESINOS.

maltrataron bastante, anuncio fatal del fin lastimoso y no merecido que mas adelante habia de caber á este diputado célebre aunque con apariencias juridicas. No faltaban tampoco entre los nuevos diputados amigos verdaderos del régimen liberal, tales como D. Tomas Isturiz, D. José Ganga Argüelles, D. Antonio Cuartero, D. Manuel Lopez Cepero, eclesiástico, y D. Francisco Martínez de la Rosa, el mismo que tan notable y extraño ha hecho despues el cambio de sus opiniones.

Las primeras tareas de las córtes ordinarias dirigiéronse á examinar las memo-

rias leídas por los secretarios del despacho y el presupuesto de gastos é ingresos presentado por el de hacienda, ocupándose luego en las disposiciones al caso para consolidar la obra de las extraordinarias.

El asunto mas espinoso que por entonces se les presentó fué el del mando concedido á lord Wellington junto con las nuevas facultades que este pedia y con las cuales pretendia desautorizar á la Regencia, razon por la cual se oponia esta justamente á su concesion. Sometido el asunto á la deliberacion de las córtes, hubo sobre él largas y vivas discusiones, aplazándose su resolucion para mas adelante, aunque nunca llegó el cumplimiento, tanto por la precipitacion con que se deslizaron los sucesos, como por haber desistido Wellington de su demanda.

Entretanto cesó la epidemia en Cadiz, y las córtes, menos previsoras que las extraordinarias, determinaron trasladarse con el gobierno á la antigua capital de la monarquía, cerrando sus sesiones en la Isla el 29 de noviembre de 1813 para abrirlas en Madrid el 15 del próximo enero de 1814. ¡Funesta resolucion, la cual dió allanado al déspota de Valencey un triunfo que le hubiera sido harto mas dificil si las córtes y el gobierno hubieran permanecido en el inmortal recinto de la isla gaditana!

Mientras ambas potestades caminan obcecada y voluntariamente en pos de su ruina, ocupémonos nosotros de los últimos sucesos de la guerra en este año.

Despues de ganado el castillo de San Sebastian permanecieron quietos los ejércitos para tomar el descanso debido á sus fatigas, conservando casi las mismas estancias de antes y prolongándose desde la desembocura del Bidasoa hasta los Alduides, en donde formaba ahora la estremidad de la línea la division del cargo de D. Francisco Espozy y Mina, de la cual un trozo bloqueaba el castillo de Jaca y amagaba á San Juan de Pié de Puerto y Valle de Baigorri. Del lado opuesto colocóse el general cubriendo el valle que forma el Haya con el Jaizquivel, entre cuyos dos montes se construyeron obras á manera de una segunda línea, reforzada la primera que se estendia por las orillas del Bidasoa, camino arriba de aquellas asperezas. Lord Wellington mantenía sus cuarteles en Lesaca.

El mariscal Soult tenía los suyos en San Juan de Luz y su ejército se iba reforzando con 50,000 conscriptos, esmerándose aquel caudillo en mejorar la organizacion, habiendo tambien fortalecido las obras de campaña de su primera línea y levantado otros resguardos, segun veremos luego.

Dispuesto ya todo en el ejército aliado, y resuelto lord Wellington á acometer, recomendó con vigor el buen orden y la disciplina, tanto mas necesaria ahora, cuanto que iba á obrar el ejército en territorio enemigo. El 5 de octubre repartió Wellington á los principales gefes una instruccion para el ataque empezando los preparativos en la noche del 6, la que siendo muy borrascosa con relámpagos, lluvia y truenos, favorecia asi á los aliados pues encubrian mejor su marcha y maniobras, no ofreciéndoles bajo otro respeto el temporal impedimento alguno. Mas á pesar de todo, era imposible emprender la acometida hasta despues de las siete de la mañana inmediata, á causa de la marea, debiendo servir de señal para los ingleses un cohete disparado desde un campanario de Fuenterrabia, y para los españoles una bandera blanca puesta en San Marcial, ó en su defecto tres grandes abumadas.

Estaba acordado verificar á un tiempo el avance por toda la línea y cruzar el Bidasoa, término de España, cuyo reino acaba allí á la derecha del rio, estando asi establecido desde muy antiguo, como esplicitamente lo reconoció Luis XI de Francia en las vistas que tuvo con Enrique IV de Castilla por los años de 1463, conferenciando ambos monarcas en aquella misma ribera.

Dada la señal, moviéronse por la izquierda del ejército coligado las divisiones primera y quinta británicas y la brigada portuguesa del cargo de Wilson, distribuidas en cuatro columnas, y atravesaron el rio por tres vados fronteros á Fuenterrabia, y por otro que se divisaba cerca del antiguo puente de Behovia, en donde debía echarse prontamente uno de barcas. Verificaron los aliados el paso con sumo valor, y apenas tocaron tierra de Francia acometieron desde Andaya la altura de

Luis XIV, la cual ganaron bizarramente, tomando siete cañones en los redutos y baterías. D. Manuel Freire, que continuaba mandando el cuarto ejército, empezó al mismo tiempo la embestida con su tercera y cuarta division y con la primera brigada de la quinta, bajo la direccion inmediata de D. Pedro de la Bárcena y de D. Juan Diaz Porlier. Habíalo dispuesto Freire todo en términos de poderse pasar el rio por vados mas arriba de los que cruzaban los anglo-portugueses; junto á los cuales y por el de Saraburo se adelantó la segunda brigada de la tercera division regida por D. José Ezpeleta, cuyo gefe, viendo vacilar por un instante á sus tropas de resultas de la muerte del distinguido coronel de Benavente D. Antonio Losada, tomó una bandera, y arrojándose al rio con noble denuedo, reanimó á los suyos que á porfía le siguieron entonces, apoderándose sin dilacion de los puestos fortificados y casas de la parte baja de Biriaton. La cuarta division bajo el interino mando de D. Rafael de Goicoechea cruzó el Bidasoa por los vados superiores al de Saraburo, llamados de Alunda y las Cañas, y queriendo subir hasta la parte alta del mismo Biriaton, consiguiólo y rodeó ademas los atrincheramientos que tenian los enemigos en el descenso de la montaña de Mandale, cogiéndoles tres cañones. Distinguióse aqui el regimiento de voluntarios de la Coruña dirigido por D. Francisco Balanzat. Sin tomar descanso, acometieron los nuestros la Montaña Verde y desalojaron á los franceses, persiguiéndolos camino de Urogne obstinadamente. La primera brigada de la quinta division, dirigida por D. Francisco Plasencia, hacia de reserva y apoyaba las maniobras contra Biriaton. Vadeó el rio por Orañibar, Lamiarri y Picagua la tambien primera brigada de la tercera division, llevando á su frente á D. Diego del Barco, y trepando con arrojo por la derecha de Mandale posesionóse de la cumbre casi de corrida. Así cumplieron los españoles del cuarto ejército cuanto se les ordenaba en el plan de ataque, ganando todos los puntos que se les indicaron, los cuales, no obstante ser tan fuertes y escabrosos, cedieron todos á su nunca desmentido valor.

No trabajaban con menores bríos las tropas de la derecha aliada, embistiendo el baron Alten con la division lijera británica, sostenida por la española de don Francisco Longa, los atrincheramientos de Vera, y á su diestro costado la montaña de La Rhune el ejército de reserva de Andalucia que acaudillaba D. Pedro Agustín Giron. La embestida de Alten tuvo un éxito completo, tomándose al enemigo 22 oficiales y 700 prisioneros. El general Giron, ansioso de ejecutar tambien por su parte lo que se le habia ordenado, dispuso acometer la ya nombrada montaña de La Rhune, y lo verificó distribuida su gente en dos columnas que conducian don Joaquin Virúes y D. José Antonio Laterre, arrollando ambos cuanto encontraron, y obligando al enemigo á guarecerse en lo mas peñascoso é inaccesible de la cima. Vanos fueron por entonces los esfuerzos de Giron para lanzar á los contrarios de su encaramado refugio, entorpeciendo la marcha de los españoles las dificultades y asperezas del terreno, y poniendo fin al combate la noche que sobrevino. Solo mientras ella duró pudieron permanecer los franceses en aquel sitio, pues acudiendo allí lord Wellington en la mañana del 8, examinado que hubo el campo, determinó pelear, persuadido de que lo haria ventajosamente por la derecha, si unia este ataque con el que á la vez se diese á unas obras de campaña que tenian los enemigos al frente del campo de Sare. Puesto de acuerdo el general ingles con D. Pedro Agustín Giron, y reconcentrando el ejército de éste, se mandó al regimiento de Órdenes, bajo las de su coronel D. Alejandro Hore, afremeter contra la loma de que estaban enseñoreados los enemigos, próxima á La Rhune y sobre la derecha nuestra; lo que se ejecutó tan cumplidamente, y satisfizo de tal modo los deseos de Wellington, que decia este en su parte: « que aquel ataque era tan bueno como el mejor, ya por el denuedo en él desplegado, ya por su bien entendido orden. »

Logrado tan difícil triunfo, los cazadores del propio cuerpo de Órdenes y los del de Almeida desalojaron á los enemigos de unos atrincheramientos que cubrian la derecha de su campo de Sare, recogiendo á este atropelladamente no solo los vencidos, sino otros que venian en su socorro y la division del general Conroux que



F. MARTINEZ DE LA ROSA.



ocupaba el llano. Algunos destacamentos británicos de la division de lord Dalhousie guarnecieron las diversas obras evacuadas por los contrarios, los cuales antes de la madrugada del 9 desampararon tambien la cumbre de La Rhune, cuyo puesto ocuparon luego las tropas del general Giron acampadas al raso en aquellas faldas, dando asi dichoso fin á tan empeñada refriega.

Ascendió la pérdida total de los aliados en los repetidos combates de estos dias á 579 ingleses, 255 portugueses y 750 españoles, habiendo sido mayor la de estos por haberseles encomendado la embestida de los sitios mas arriesgados y espuestos. Estos descalabros, suficientes para abatir á soldados menos aguerridos que los de Napoleon, no desalentaron á estos, antes bien envalentonados por haber ellos sorprendido la noche del 12 un reducto de los aliados y hecho algunos pocos prisioneros, quisieron el 15 atacar los puestos avanzados del ejército de D. Pedro Agustin Giron y recuperar las obras que habian perdido; pero sus esfuerzos se estrellaron en el valor de nuestros soldados, que repelieron las huestes contrarias con singular bizarria.

Ya dentro de Francia el ejército anglo-hispano-portugues, tuvo la gloria de ser el primero de todos los de las potencias coligadas contra Napoleon que pisó aquel territorio. Dificil era en tales circunstancias contener por una parte los excesos de los soldados, y por otra los desmanes del paisanage. En ambas cosas puso especial cuidado lord Wellington, haciendo respecto á lo último saludable escarmiento pocos dias antes del paso del Bidasoa, con ocasion de haber hecho fuego á los soldados hácia Roncesvalles algunos paisanos franceses de los contornos, á 14 de los cuales que se cogieron enviólos á Pasages, donde los embarcó como prisioneros de guerra para Inglaterra, con cuya providencia contuvo y amedrentó á la gente rústica de un modo mas eficaz que si los hubiera arcabuceado.

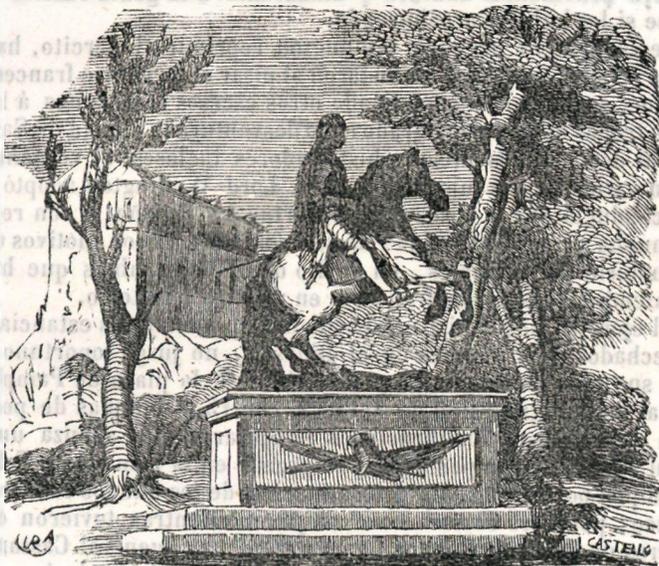
No con menos firmeza procuró Wellington reprimir al ejército, habiendo sido los ingleses los primeros que se desmandaron al pisar el territorio frances, quemando casas en Urogne, saqueando y cometiendo otros excesos semejantes á los que estas desenfundadas tropas habian perpetrado en la desventurada ciudad de San Sebastian, y siguiendo, al decir de los mismos historiadores ingleses, el vergonzoso ejemplo que les dieron varios de sus mismos oficiales. Lord Wellington adoptó en esta ocasion distinta conducta que la observada en Portugal y España, y con recios castigos contuvo en mucha parte la rapacidad de sus soldados. Pocos motivos de queja dieron en esta materia los españoles, en medio de lo disculpables que hubieran sido sus excesos, atendidos los de los franceses en nuestro territorio.

Situado el ejército anglo-hispano-portugues en ventajosas estancias allende los Pirineos, y echados tres puentes en el Bidasoa, no juzgó oportuno Wellington proseguir en sus operaciones hasta que se rindiese la plaza de Pamplona. A esta ciudad, capital del antiguo reino de Navarra, con 15,000 almas de poblacion, riégala el Arga y la rodean fortificaciones irregulares que afianza una ciudadela erigida casi al sur, de figura pentágona, empezada en el reinado de Felipe II y mejorada en tiempos posteriores. La determinacion de los aliados fué reducir la plaza por bloqueo; pero los cercados no aflojaron mientras tuvieron esperanza de recibir socorros de Francia. Gobernaba en Pamplona el general Cassan, y el asedio continuaba dirigiéndolo D. Carlos España auxiliado del príncipe de Anglona, llegado allí con 4,000 hombres del tercer ejército, de que era general en jefe.

Los triunfos de las armas aliadas y la escasez de víveres iban introduciendo el desmayo en los defensores de la plaza, los cuales propusieron el 5 de octubre que se permitiese la salida á 3,000 paisanos, ó bien se les facilitase á estos para su manutencion 7,000 raciones, diputando persona de confianza que asistiese á la distribucion. Rechazada la propuesta por D. Carlos España, advirtió este al gobernador frances que le haria responsable al tiempo de la rendicion de la vida de cualquier español que hubiese perecido por la escasez ó el hambre. Sabedor despues el mismo D. Carlos España de que los sitiados pensaban en el arrasamiento total de Pamplona, hizo saber al gobernador el 19 que si tal sucedia, tenia órden de Wel-

lington de pasar á cuchillo la plana mayor y la oficialidad, y de diezmar la guarnición entera. Respondió primero el frances con altanería y orgullo, mas creciendo el hambre se moderaron sus ímpetus, y despues de varias conferencias capituló el 31, quedando prisionera toda la guarnición, sin haber padecido las fortificaciones perjuicio ni deterioro alguno. El mismo dia entraron los españoles en la plaza, cuyos habitantes no tuvieron que llorar el menor desman de nuestras tropas, formando la conducta de estas un singular contraste con la observada por las británicas en Badajoz y San Sebastian.

Reconquistada la capital de Navarra, quedó libre y desembarazada toda esta parte de España, no restando ya en poder del enemigo mas que Santoña, cuyo bloqueo estrechaban los nuestros.



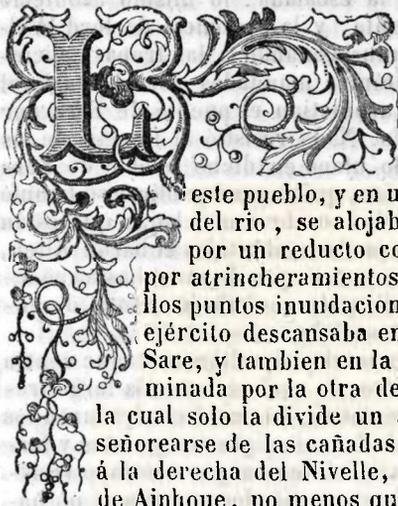
Ya dentro de Francia el ejército anglo-francés-portugués, tras la gloria de ser el primero de todos las de las potencias coligadas contra Napoleón que ganó aquel territorio. El ejército era un tal ejército compuesto por una parte los franceses de las unidades y por otra los dominios del extranjero. En ambas partes para especial ciudades (en Wellington, haciendo respecto a la última notable excepción poco días en las del caso del ejército, con ocasión de haber hecho fuerza las unidades de los cuerpos algunos países franceses de las unidades. A 14 de los cuales que se cortaron envíos a París, desde los empujes como prisioneros de guerra para las tropas, con cuyo movimiento continuó y aumentó a la gente traidora de un modo mas eficaz que...

No con un ejército de los ingleses en la casa en línea de descomulgados y alijados, que los alijados sin distinción con esta con un tal ejército sus acciones. Situado el ejército y echado a perder, en un estado de ciudad, capital, que el ejército en la guerra en la guerra por blindado recibir estos...

El ejército de 4.000 hombres del ejército español, de que era general en acción. Las acciones de las armas nuevas y la guerra de vientos han introducido el elemento en los defensores de la plaza, los cuales prepararon el 2 de octubre que se permitiera la salida a 2.000 personas. El hecho de las facilidades a estos para su evacuación 7.000 franceses, dejando de continuar de cualquier que existiera a la disposición. Rechazada la propuesta por el César Español, advirtió esta el gobierno de Francia que se haría responsable al tiempo de la evacuación de la vida de cualquier español que hubiera partido por la evacuación a el hambre. Sabedor después el mismo el César Español de que las acciones de guerra en el armamento total de la plaza, hizo saber al gobernador el 13 que si tal sucesión, tenía orden de Wi-

CAPITULO XLV.

Resolucion de lord Wellington.—Estancias del mariscal Soult.—Distribucion del ejército aliado.—Ataca la línea francesa.—Venice y arroja de todos los puntos al enemigo.—Se retira Soult sobre Bayona.—Lord Wellington en Saint-Pé.—El cura de este lugar.—Proyecto de Wellington.—Llega á Francia el duque de Angulema.—Los aliados en San Juan de Luz.—Suspende Wellington sus operaciones.—Sus esfuerzos para mantener la disciplina en el ejército.—Triste estado de los soldados españoles.—Vuelve á España todo el cuarto ejército y el de reserva de Andalucía.—Posiciones que toma.—Intenta Wellington cruzar el Nive.—Combates para lograrlo.—Se pasan varios batallones enemigos á los aliados.—Se acantona el ejército frances.—Lo mismo el anglo-portugues.—El general Arispe.—Cataluña.—Disposiciones de Napoleon en el Principado.—Marcha á Francia el general Decaen.—Tambien algunas tropas.—Buen espíritu de los catalanes.—Cantidades con que contribuyen al sosten del ejército.—Varios ataques en aquel distrito.—Posicion en él de las tropas aliadas.—Valencia.—Ocupacion del segundo ejército.—Se rinden á los españoles Morella y Denia.—Derrota sufrida por los franceses en Alemania.—Llega Napoleon á Paris.



A rendicion de Pamplona impulsó á lord Wellington á internarse en Francia, alejando de la frontera de España al mariscal Soult. Este se hallaba situado en puntos ventajosos y muy fortalecidos á las márgenes del Nivelles, rio que desagua en el mar por San Juan de Luz. Enfrente de este pueblo, y en una eminencia que domina á Socoa, á la izquierda del rio, se alojaba la derecha del ejército frances, resguardada por un reducto construido allí, cuya defensa se unia con Urogne por atrincheramientos y árboles cortados, protegiendo ademas aquellos puntos inundaciones que cubrian á Ciboure. El centro del propio ejército descansaba en las alturas que se levantan detras del pueblo de Sare, y tambien en la que llaman la Petite Rhune, la cual, aunque dominada por la otra del mismo nombre ganada por los españoles, y de la cual solo la divide un angosto valle, todavía se alza bastante para enseñorearse de las cañadas y pais vecino. La izquierda, en fin, colocada á la derecha del Nivelles, se apostaba en un cerro á espaldas del pueblo de Ainhoue, no menos que en la montaña de Mondarin, que defiende la avenida ó entrada del propio lugar. El conjunto de la posicion entera formaba un semicirculo desde Urogne hasta Espelette y Cambo, cuyo centro era Sare. Casi todo su frente se hallaba amparado por una cadena de reductos y atrincheramientos que se eslabonaban por cerros, colinas y altozanos. Tenia tambien el enemigo algunas fuerzas en San Juan de Pié de Puerto para defender esta plaza y observar á Mina y otros cuerpos aliados.

No varió el pensamiento de Wellington por ver á los contrarios tan fortificados, y asi, apenas cesaron las lluvias que le habian detenido algunos dias, se decidió á

pelear, empezando por forzar el cuerpo enemigo para establecerse despues mas allá del Nivelles.

La distribucion del ejército aliado era en esta ocasion la siguiente: el ala derecha, regida por sir Rolando Hill, la formaban dos divisiones inglesas dirigidas respectivamente por sir Guillermo Stewart y sir Enrique Clinton; de la portuguesa á cargo de sir Juan Hamilton, y de la primera española del cuarto ejército á las órdenes de D. Pablo Morillo, con algunos ginetes y cañones. En el centro estaban por la derecha el mariscal Beresford y tres divisiones británicas que dirigian Colville, Le-Cor y sir Lowry Cole; y por la izquierda D. Pedro Agustin Giron con el ejército de reserva de Andalucía. La division ligera del baron Alten, y la sesta española del cuarto ejército, capitaneada por D. Francisco Longa, tenian á su cargo la embestida de la Petite Rhune; y sir Stapleton Cotton, con una brigada de caballeria y tres de artilleria debia moverse al compas del centro. D. Manuel Freire, acompañado de la tercera y cuarta division, y de la primera brigada de la quinta del cuarto ejército español, habia de marchar desde Mandale en dos columnas á las órdenes de D. Diego del Barco y D. Pedro de la Bárcena, una con direccion á Ascaín y otra mas allá á la izquierda nuestra y casa de Choquetemborde, permaneciendo algunos cuerpos en Arrequeborde y caserios de Oletto como de reserva y para conservar entre si las comunicaciones de las columnas. Sir Juan Hope, sucesor del general Graham en el mando, recibió orden de operar por lo largo de la linea desde donde estaba D. Manuel Freire hasta el mar, estándole prevenido al último, lo mismo que á Hope, no empeñar refriega alguna, y si solo manifestarse alerta para aprovechar los descuidos que el enemigo pudiera tener.

En la madrugada del 10 de noviembre dió principio al ataque el general Cole con la cuarta division británica, arremetiendo un reduto construido con mucho arte en un torremontero que se divisa por cima de Sare, en el cual hicieron los franceses obstinada resistencia por mas de una hora, hasta que lo abandonaron recelándose de un movimiento de los españoles á retaguardia, y conociendo tambien que la infanteria británica se disponia á la escalada: lo mismo aconteció con otra obra allí inmediata. Este primer triunfo, y la presencia de lord Wellington que llegó al primer reduto ganado, entusiasmando á las tropas, hicieron avanzar á la tercera y sétima division británica mandadas por el mariscal Beresford, á tiempo que los nuestros de Giron acometian el pueblo de Sare por la derecha, y sir Lowry abrazaba su izquierda. Nada resistió al impetu de los aliados, los cuales lo arrollaron todo, entrando ufano en dicho pueblo de Sare un cuerpo de españoles guiado por D. Juan Dowine, quien para publicar su triunfo hizo repicar las campanas. Cole se posesionó de las cumbres mas bajas que están detrás de Sare, haciendo allí alto. No menos feliz en sus embestidas el baron Alten, forzó por su lado los atrincheramientos enemigos uno en pos de otro, hasta apoderarse de la Petite Rhune, yendo despues adelante para contribuir al total desenlace de las operaciones inauguradas con tan buena dicha.

Sin perder tiempo dispuso Wellington un general y simultáneo ataque contra la posicion mas fuerte de los enemigos en el centro, la cual se estendia largo trecho por detrás de Sare. Tuvo el mejor éxito la tentativa, á la cual coadyuvaron los españoles de Giron y los de Longa, abandonando los enemigos sus puestos y fortificaciones con tanto trabajo construidas. Todavía, sin embargo, continuó resistiéndose el mas fuerte de todos los redutos, hasta que viéndose ya solo, y no habiendo sido admitidas las proposiciones que hizo para rendirse, se entregó al fin sin condicion alguna, quedando prisioneros los 560 hombres que lo guardaban.

Con no menos ardimiento ni menos venturosa fortuna trabajaban los aliados por su derecha, en donde cruzando el Nivelles sir Enrique Clinton con la sexta division británica, sostenida por la portuguesa de Hamilton, desalojó á los franceses de los sitios que ocupaban, tomándoles varios redutos y muchos despojos. La segunda division británica, que conducia sir Guillermo Stewart se posesionó de una obra á retaguardia, y D. Pablo Morillo al frente de la primera division española del

cuarto ejército, embistió los apostaderos enemigos en las faldas del Mondarin, ahuyentándolos y amparando esta maniobra las de los ingleses dirigidas contra los cerros que se hallan por detras de Ainhoue, los cuales tomó el general Hill, arrojando al enemigo via de Cambo. A las dos de la tarde tenian ya ganadas los aliados las posiciones de los contrarios á espaldas de Sare y Ainhoue.

Por la izquierda se posesionó D. Manuel Freire de Ascain, y sir Juan Hope desalojó á los franceses del reducto situado en la eminencia cercana á Socoa, de que hemos hablado, persiguiéndolos hasta las inundaciones que cubrian á Ciboure.

Lord Wellington, que habia hecho alto para dar algun respiro á su tropa é informarse del éxito del combate en los demas puntos, luego que supo la buena suerte de sus armas en todos ellos, se dispuso á formalizar una arremetida bien ordenada contra las eminencias, pueblo y cerros que se hallan detras de Saint-Pé, á una legua de distancia de los aliados, situado á la margen derecha del Nivelles, por donde se habia ido retirando el centro enemigo. Verificó el caudillo británico su intento, atravesando aquel rio por un puente de piedra frontero á Saint-Pé y por otros dos situados mas abajo. Aun despues de pasado el rio, no era fácil tomar las alturas de trabajoso acceso, y asi trabóse un reñido combate, en que al fin cedieron los contrarios, dejando á los aliados dueños del campo. Acto continuo se situó Beresford á retaguardia de la derecha francesa, quedándose lo demas del ejército en los puntos que habia ganado antes, no queriendo arriesgarse á mas por causa de la noche que se acercaba.

Durante esta, temerosos los franceses de que el mariscal Beresford llegára á situarse entre San Juan de Luz y Bayona, evacuaron la primera de estas poblaciones y sus obras y defensas, y dirigieronse hácia la segunda por el camino real, rompiendo antes los puentes de Nivelles en su parte inferior, destrozo que retardó lograr el perseguiimiento que meditaba sir Juan Hope, obligado este general á reparar el puente que une á Ciboure con San Juan de Luz, como necesario para facilitar el paso de las tropas y la artilleria. El cansancio de los aliados por las fatigas del dia 10 no permitió á su centro y derecha adelantar mas de una legua el 11, entorpeciendo tambien la marcha el malisimo estado de los caminos. Las mismas causas y una densa niebla les impidieron el 12 moverse temprano, y mas tarde dejaron de hacerlo por haber sabido en el interin lord Wellington que el mariscal Soult se habia amparado en un campo atrincherado y fuerte, preparado con anterioridad junto á Bayona para la seguridad de su tropa en la retirada. El general ingles habia satisfecho por ahora su objeto, habiendo ganado la margen derecha del Nivelles y los puestos y fortificaciones del enemigo, arrojando á este contra Bayona y sus rios.

La pérdida de los aliados en estos combates llegó á unos 3,000 hombres al todo, siendo mayor la de los franceses, los cuales dejaron en poder de aquellos 51 cañones, 1,500 prisioneros y 400 heridos que no pudieron llevarse.

Detúvose Wellington en Saint-Pé dos ó tres dias, y alojóse en casa del cura párroco, circunstancia que dió origen á un hecho de gran trascendencia en adelante. Fué el caso, que complacido el general ingles con el ameno trato y buena acogida del eclesiástico, conferenciaba con él sobre el estado del pais, y en una de estas conversaciones le preguntó, « qué pensaba acerca de la llegada á la frontera « de un príncipe de la casa de Borbon, y si creia que su presencia atraeria á « su bando muchos parciales. » Respondió el cura: « que los veinticinco años tras- « curridos desde la revolucion de 1789 y los portentos agolpados en el intermedio, « daban poca esperanza de que la generacion nueva conservase memoria de aque- « lla estirpe. Nada, empero, se pierde, añadió, en hacer la prueba, siendo de ejecu- « cion tan fácil. » Wellington, que probablemente tenia ya meditado este plan, trató de ponerlo en ejecucion, alentado con la última reflexion del eclesiástico, por lo cual escribió al gobierno de Inglaterra recomendando y apoyando la idea. No desagradó esta al gabinete de San James, siquiera para oponer mas obstáculos á Napoleon, y asi hizo que diese la vela para España el duque de Angulema, pri-

mogénito del conde de Artois (después Carlos X), y sobrino del que ya entonces era tenido entre sus adictos por rey de Francia bajo el nombre de Luis XVIII. El de Angulema desembarcó en la costa de Guipúzcoa encubierto con el título de conde de Pradel, yendo á buscarle de parte de Wellington á San Sebastian el coronel Freemante, de donde ambos se trasladaron á San Juan de Luz, lugar entonces de los cuarteles ingleses.

Dejemos ahora á dichos personages, hasta que en otro lugar anudemos el hilo de la narracion de un suceso que honra poco en verdad á Wellington, puesto que le acredita á lo mas de politico adocenado, imbuido en rancias ideas y desnudo de los grandes pensamientos que á haber entonces tenido cabida en él, le hubieran impulsado á prestar un servicio eminente á la causa santa de los pueblos.

Entretanto lo crudo de la estacion ostentaba sus rigores, y las continuas lluvias, hinchando los rios y arroyos, habian tambien puesto intrasitables los caminos, en particular los de travesia, obligando todo esto á Wellington á suspender sus operaciones haciendo mansion en San Juan de Luz. Para ponerse á cubierto de una sorpresa ó súbito ataque del ejército frances, estableció una línea defensiva que empezando en la costa á espaldas de Biarritz, se prolongaba por el camino real viniendo al Nive enfrente de Arcangues, prosiguiendo después lo largo de la izquierda de aquel rio por Arrauntz, Ustaritz, Larresore y Cambo, cuyo puente habian los contrarios inutilizado del todo.

El conocimiento que ya tenia Wellington de la calidad de sus soldados le hacia redoblar la vigilancia en la disciplina, temiendo siempre que la continuacion de la guerra en pais enemigo no renovase entre ellos la desobediencia y desorden que mas de una vez manifestaron en Portugal y España, mayormente teniendo el ejército que padecer privaciones, por las dificultades que presentaba la estacion á la llegada de los recursos de Inglaterra, y lo lentos y costosos que eran los abastecimientos por tierra, teniendo que ir de provincias lejanas de España. Pero por desagradable y triste que fuera bajo este aspecto el estado de los soldados anglo-portugueses, lo era incomparablemente mas el de los españoles, escasos de todo, acampados al raso, con mala y escasa racion, medio desnudos y descalzos, con muchos enfermos y con los hospitales desprovistos, sin poder ofrecer ni aun mediana asistencia.

Es verdad que el sufrimiento de la tropa española fué heroico, sin notarse en ella deserccion, ni cometerse desmanes en la tierra que pisaba; pero conociendo Wellington que no podia seguirse en aquel estado mucho tiempo, determinó tornasen los españoles al pais natal, mediante á que no pensaba llevar adelante la invasion comenzada, en tanto que no abonanzase el tiempo y que no penetrasen en Francia los aliados del norte. En consecuencia de esta orden, entraron en España las divisiones tercera, cuarta y sesta, y la primera brigada de la quinta, todas del cuarto ejército, cuyo cuartel general lo estableció D. Manuel Freire en Irun. La primera division del mismo ejército que capitaneaba D. Pablo Morillo se quedó con los ingleses, en atencion al aprecio que de este gefe hacia Wellington. La segunda, sétima y octava, y la segunda brigada de la quinta continuaron donde estaban, es decir, guarneciendo á Pamplona y San Sebastian, y en los bloqueos de Santoña y Jaca, si bien la segunda division volvió pronto sobre Nivelles. La caballería pasó á buscar subsistencias á Castilla, adonde tambien fué destinada la sexta division bajo D. Francisco Longa. Las demas permanecieron en las provincias fronterizas para acudir al primer llamamiento de Wellington y cubrir sus espaldas en caso necesario. El ejército de reserva de Andalucía se acantonó en el valle de Bastan, alejándose después hasta Puente la Reina y pueblos vecinos.

No obstante que el proyecto de lord Wellington no era estender ahora su invasion, queria sin embargo antes de hacer su última parada cruzar el Nive y dominar parte de sus orillas. Dificil era la empresa, encontrándose Soult apoyado en el fuerte y atrincherado campo de Bayona, cuyas aproximaciones cubrian los fuegos de aquella plaza, situada donde el Adour y el Nive se juntan en una sola madre, por lo cual se limitó el caudillo británico á adelantar solo su derecha, conservan-

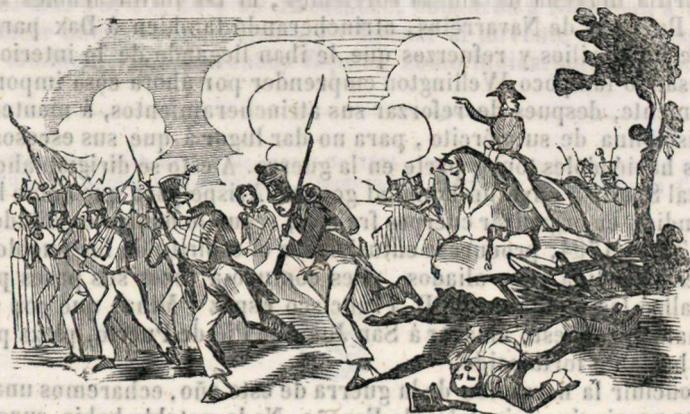
do la izquierda en la misma anterior línea, concretando sus acometidas á apoderarse de los puntos que defendian los enemigos en el Nive superior, cuya posesion daba mas desahogo á su gente, asegurando sus posiciones.

Para realizar su plan, comenzó Wellington á moverse el 8 de diciembre, disponiendo que el 9 atravesase el Nive por Cambo el general Hill, sostenido en su manobra por el mariscal Beresford, á cuya sesta division mandada por el general Clinton tocó pasar aquel rio por Ustaritz. Resultado satisfactorio dieron ambas operaciones, replegándose los enemigos á unos montes que corren paralelos al Andour, apoyada su derecha en Villefranche, de donde arrojados luego, tuvieron que retirarse á mayor distancia. No estuvo ocioso durante esta operacion D. Pablo Morillo, pues pasó con su division el Nive por los vados de la Isleta y Cavarre, y se enseñoreó del cerro de Urcuray y otros inmediatos, ahuyentando de ellos á los franceses que intentaron resistirse.

Tambien ayudaron por su lado á estos movimientos sir Juan Hope y el baron Alten, arrollando el primero á los franceses en Biarrit y Anglet, y distrayéndolos el segundo y hostilizándolos por Bassussarry, á punto de tener que refugiarse en su campo la vuelta de Marrac, palacio ahora arruinado y célebre, como ya sabemos, por las escandalosas escenas ocurridas en él en 1808 referidas en su lugar.

Dispuesto sir R. Hill á seguir sus maniobras el dia 10, le ahorró el enemigo ese trabajo, recogiéndose con anticipacion á su atrincherado y fuerte campo, por lo cual ocupó el ingles la estancia que le habia señalado de antemano Wellington, descansando la derecha de dicho cuerpo de Hill hacia el Adour, su izquierda en Villefranche y el centro en la calzada inmediata á Saint Pierre. La division española de Morillo se apostó en Urcuray, y una brigada de dragones ligeros británicos en Hasparren, con orden ambas de observar é imponer respeto al general Paris, quien al cruzar los aliados el Nive, se corrió hacia Saint-Palais.

Poco duraron las cosas en este estado, pues los enemigos, dejando la actitud de vencidos, tomaron la de acometedores, y moviendo en la mañana del mismo dia 10 todas sus tropas menos las que guarnecian las obras colocadas delante del general Hill, tomaron la vuelta de las estancias de la izquierda del ejército aliado y las de la division ligera, arrollando con impetuosidad los puestos avanzados y empezando á batir los puntos fortificados. Sin acobardarse el baron Alten, ayudado del general Hope, rechazó á los enemigos y aun les cogió 500 prisioneros. Frustróse asi el intento del enemigo, dirigido á arrojar á la derecha inglesa sobre la izquierda del Nive y quedarse él solo dueño de la otra.



VICTORIA DE LOS ALIADOS. Batalla de Urcuray y Villafrañca.

Para colmo de su desgracia en aquel día, pasáronse á los aliados despues de la refriega dos batallones de alemanes, uno de Francfort y tres de Nassau Ussingen en número de 1,500 hombres, guiados todos por el coronel Krusse, bávaro de nacion y criado en Hannover, los cuales, al venirse al campo aliado, lo hicieron con la honrosa condicion de ser trasladados á su país natal y de no hacer armas contra los que acababan de pelear á su lado. Resolucion distinguida y propia de almas generosas.

Los dias 11 y 12 renovaron los enemigos sus ataques contra la izquierda inglesa, mas siempre sin fruto, mostrándose en ellos constantemente bravos sir Juan Hope y los oficiales de su estado mayor, á pesar de estar todos ellos heridos ó contusos.

Desengañado por este lado el mariscal Soult, resolvió el 15 caer precipitadamente sobre la derecha de los anglo-portugueses, á la cual dió un terrible y sostenido ataque. Habiéndolo previsto Wellington, se anticipó á reforzar su linea por aquella parte con la sesta division británica. El enemigo dirigió su principal embestida por el camino real que va de Bayona á San Juan de Pié de Puerto, resistiendo el furioso choque de la brigada inglesa del general Barne y la portuguesa del mando de Ashworth, sostenidas por la division tambien británica del general Le-Cor, la cual recobró un puesto importante, avanzando con denuedo por el lado izquierdo y hácia donde batallaba, enfrente de Villefranche, el general Plingle. Lo mismo sucedió por el derecho, ganando una altura y sustentándola con tesson las brigadas británica y portuguesa que dirigian respectivamente los generales Bying y Buchan. Otros varios ataques hubo entonces igualmente gloriosos á los aliados, en cuya firmeza y valor se estrelló el de las huestes francesas.

En los cinco dias que duraron estos diversos choques, perdieron los aliados 5,029 hombres, de ellos casi la mitad portugueses, como que fueron los mas comprometidos en la refriega de la última jornada, la mas empeñada y sangrienta. La pérdida de los franceses en los mismos dias ascendió á 6,000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros.

Conociendo el mariscal Soult que no debia por entonces esperar conseguir ningun importante resultado, á pesar de que todavía contaba á sus órdenes 50,000 infantes y 6,000 ginetes, no quiso perder gente en inútiles tentativas, y desistiendo de su proyecto, se acantonó para esperar mejores circunstancias, manteniéndose en el interin á la defensiva, con su derecha en el campo atrincherado en rededor de Bayona, su centro á la diestra márgen del Adour estendiéndose hasta Port-de-Laune, en donde puso su principal depósito, y su izquierda á lo largo de la derecha del Bidouse desde su union con el otro rio hasta Saint-Palais: no descuidó varios pasos de la orilla derecha de ambas corrientes, ni las fortificaciones de San Juan de Pié de Puerto y de Navarreins, atrincherando tambien á Dax para almacen y custodia de los auxilios y refuerzos que le iban llegando de lo interior.

No pensando tampoco Wellington emprender por ahora cosa importante, dedicóse únicamente, despues de reforzar sus atrincheramientos, á mantener con mas rigor la disciplina de su ejército, para no dar lugar á que sus escesos alterasen á los pueblos haciéndoles tomar parte en la guerra. A esto se dirigian ahora las miras del mariscal Soult, á cuyo fin llamó al general Arispe para que como baigorriano y como entendido en organizar cuerpos francos, segun lo habia acreditado en las campañas de 1795 y 1794, procurase entusiasmar el espíritu de los pueblos. Algun daño causó esta medida á los aliados, pues contuvo á veces sus pasos por retaguardia, y paralizó las tentativas de D. Francisco Espoz y Mina, que con parte de sus tropas se habia propuesto amagar á San Juan de Pié de Puerto, plaza pequeña, mas á la sazón bastante fortalecida.

Para concluir la narracion de la guerra de este año, echaremos una ligera ojeada sobre las provincias orientales de España. Nada notable habia sucedido en Cataluña desde que nos separamos de ella. Napoleon eligió coronel general de su guardia al mariscal Suchet, y uniendo los ejércitos de Aragon y Valencia al de Ca-

taluña, los puso todos bajo las órdenes de dicho mariscal, al cual entregó el general Decaen el mando del Principado, retirándose á Francia. Los ejércitos así reunidos formaban un total de mas de 52,000 soldados de todas armas.

Estas fuerzas se disminuyeron luego no menos que en 9,000 hombres, pues el general Severoli pasó á Italia con su division compuesta de 2,000 combatientes, en Barcelona fueron desarmados por decreto de Napoleon 2,400 alemanes, y se retiraron á Francia los gendarmes y gente escogida, sin que llegase de aquel reino tropa para cubrir estas bajas.

Los catalanes seguian siempre constantes en su primera resolucion contra el invasor, dispuestos á prestar nuevos sacrificios á la causa nacional, debiendo notarse aqui en merecido elogio de aquellos naturales, que en medio de las inmensas pérdidas que sufrieron y de las enormes cargas con que los abrumaba el cruel invasor, contribuyeron para el sostenimiento de la guerra en los cinco años corridos desde 1809 hasta 1813 con la crecida suma de 285,727,455 reales vellon, sin contar las derramas y repartimientos que no ha sido posible incluir en esta cuenta (1).

En cuanto á los reencuentros y refriegas que tuvieron lugar en dicha provincia en los últimos meses de este año, no es posible hacer de ellos particular mencion, bastando decir que Manso, Valencia, Llauder y demas gefes ya conocidos continuaron infatigables en su noble empresa, siendo Montalla, Sant Privat, Santa Eulalia, San Feliú de Codinas y otros muchos lugares testigos de su constante valor y del terror que inspiraban á los franceses. Continuaba mandando este primer ejército don Francisco Copons y Navia, el cual tenia por lo comun su cuartel general en Vich. Los anglo-sicilianos siguieron en las mismas estancias que digimos antes, permaneciendo en ellas hasta diciembre, en que sabiendo trataba Suchet de sorprenderlos en Villafranca, donde tenian sus cuarteles, se retiraron, encaminándose la division de Sarsfield que los acompañaba á la izquierda de aquella posicion, y ellos mas de dos leguas atras la vuelta de Arbos, para mejorar de puesto y reconcentrar mas sus fuerzas. Viendo Suchet burladas sus esperanzas, regresó á Barcelona, su ordinaria residencia.

El segundo ejército, dirigido siempre desgraciadamente por D. Francisco Javier Elio, prosiguió en Valencia ocupándose en los bloqueos de las plazas y castillos que se habian puesto á su cuidado, habiéndosele rendido el de Morella el 22 de octubre con los 100 hombres de su guarnicion, y haciendo lo mismo el 6 de diciembre la plaza de Denia, donde mandaba el gefe de batallon Bin.

De este modo iba desapareciendo por momentos el brillo de las armas francesas en España, no siendo estas mas afortunadas en Alemania. Allí, derrotadas en Leipsick en los dias 16, 17, 18 y 19 de octubre, obligaron á Napoleon á regresar á Paris para buscar nuevas trazas capaces de detener el torrente de su desgracia, en que envolvió tambien á la infortunada España, como indicaremos ahora.

(1) Véase la Gaceta de Vich del 16 de marzo de 1814, en donde se halla inserto el estado que publicó D. Joaquín de Acosta y Montealegre, tesorero del ejército y Principado de Cataluña.



...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

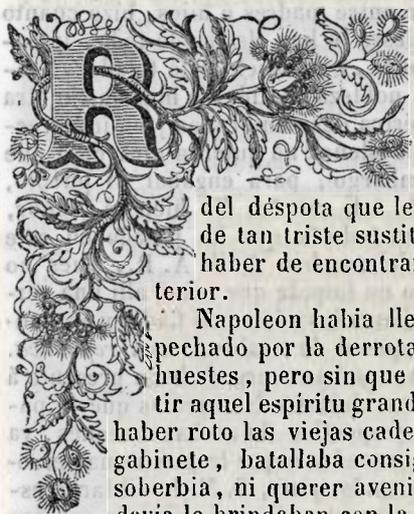


...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

...los que todos los años se celebran en dicho mes, y el cual estuvo el año...

CAPITULO XLVI.

Napoleon en Paris: sus proyectos.—Entabla Napoleon negociaciones con Fernando VII.—Su carta al rey.—Conferencia de Fernando en Valency con el conde de Laforest.—Falsas aserciones del negociador frances.—Propuesta de este á Fernando.—Contestacion que dicen le dió el rey.—Juicio sobre la exactitud de esta respuesta.—Carta del rey Fernando á Napoleon.—Llega el duque de San Carlos á Valency.—Carta-poder del rey al duque de San Carlos.—Tratado concluido en Valency.—Reflexiones.—Instrucciones dadas por Fernando al duque de San Carlos.—Nuevas reflexiones.—Viage del duque de San Carlos á España.—Envia Napoleon á Valency á otros españoles.—Errado plan de estos.—Comisionados franceses en España.—D. Juan Amézaga.—Llega á Madrid el duque de San Carlos.—Disgusto que causa su venida.—Dispónese en Valency enviar á España á D. José Palafox.—Instrucciones que recibe este de Fernando.—Llega Palafox á Madrid.



Rayó al fin el sol del 1.º de enero de 1814, resplandeciente y bello para las potencias coligadas contra la Francia, empañado y sombrío para Napoleon, ceñudo y triste para la desventurada España, la cual no consiguió con su heroismo sino substituir á las cadenas del extranjero las del déspota que le esperaba. Busquemos el origen de tal cambio, de tan triste substitucion, en las márgenes del Sena, aunque para haber de encontrarlo tengamos que retroceder al final del año anterior.

Napoleon habia llegado á Paris el 9 de noviembre de 1813, despechado por la derrota que en Leipsick habian sufrido sus aguerridas huestes, pero sin que este cambio de la fortuna fuera bastante á abatir aquel espíritu grande, que bien dirigido tenia fuerzas bastantes para haber roto las viejas cadenas de la degradada Europa. Silencioso en su gabinete, batallaba consigo mismo sin poder contener los ímpetus de su soberbia, ni querer avenirse á capitular con las circunstancias, que todavia le brindaban con la corona de la antigua Francia, pareciéndole estrechos los límites de esta si los marcaban el Rhin, los Alpes y los Pirineos, como le proponian los aliados. Reconcentrado dentro de su misma alma, buscó en aquel manantial inmensos recursos, los que fueran bastantes á conservar el poder que pugnaba por escapársele de entre las manos; y mientras activaba impaciente la ejecucion del decreto del Senado que llamaba á las armas á 300,000 franceses para detener con ellos los ejércitos que del septentrion y mediodia se precipitaban sobre el imperio, quiso tambien dar nuevo impulso á su astucia para sembrar con ella la cizaña y la disension entre sus enemigos.

En este plan general de arbitrios no podia quedar olvidado el prisionero de Valency. La debilidad de Fernando VII era harto conocida del guerrero del Sena,

para no creerle dispuesto á convertirse en instrumento de sus nuevas intrigas. Resuelto á dar principio á ellas, parecióle oportuno entablar negociaciones secretas con el cautivo príncipe, y al efecto envió á Valencey, bajo el fingido nombre de Mr. Dubois, al astuto y antiguo diplomático conde de Laforest, el cual se presentó el 17 del mismo noviembre á Fernando y á los infantes D. Carlos y D. Antonio, entregando al primero una carta de Napoleon, concebida en los términos siguientes: «Primo mio: Las circunstancias actuales en que se halla mi imperio y «mi política me hacen desear acabar de una vez con los negocios de España. La Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía y destruir la nobleza para establecer una república. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intereses marítimos y comunes.

«Deseo, pues, quitar á la influencia inglesa cualquier pretexto, y restablecer «los vínculos de amistad y buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las «dos naciones.

«Envío á V. A. R. (1) al conde de Laforest, con un nombre fingido, y puede V. A. dar asenso á todo lo que le diga. Deseo que V. A. esté persuadido de «los sentimientos de amor y estimacion que le profeso.

«No teniendo mas fin esta carta, ruego á Dios guarde á V. A., primo mio, «muchos años. Saint-Clout 12 de noviembre de 1815.—Vuestro primo.—Napoleon.»

Luego que Fernando se hizo cargo de esta carta, tomó la palabra el conde de Laforest, y en un largo discurso (en el cual, á imitacion de su amo, solo dió á aquel el tratamiento de alteza) esplanó el objeto de su mision, diciendo entre otras cosas: «El emperador, que ha querido que me presente bajo un nombre supuesto para «que esta negociacion sea secreta, me ha enviado para decir á V. A. R. que queriendo componer las desavenencias que habia entre padres é hijos, hizo cuanto «pudo en Bayona para efectuarlo; pero los ingleses lo han destruido todo, introduciendo la anarquía y el jacobinismo en España, cuyo suelo está talado y asolado, la religion destruida, el clero perdido, la nobleza abatida, la marina sin otra «existencia que el nombre, las colonias de América desmembradas y en insurreccion, y en fin todo en ella arruinado. Aquellos isleños no quieren otra cosa que «erigir la monarquía en república, y sin embargo, para engañar al pueblo, «en todos los actos públicos ponen á V. A. R. á la cabeza. Yo bien sé, señor, «que V. A. R. no ha tenido la menor parte en todo lo que ha pasado en este «tiempo; pero no obstante se valen para todo del nombre de V. A. R., pues no «se oye de su boca mas que Fernando VII. Esto no impide que reine allí una verdadera anarquía, pues al mismo tiempo que tienen las córtes en Cádiz y aparecen «tan querer un rey, sus deseos no son otros que el de *establecer una república*. «Este desórden ha conmovido al emperador, que me ha encargado haga presente á «V. A. R. este funesto estado, á fin de que se sirva decirme los medios que le parezcan oportunos, ya para conciliar el interes respectivo de ambas naciones, ya «para que vuelva la *tranquilidad á un reino* tan acreedor á que le posea una persona del carácter y dignidad de V. A. R. Considerando, pues, S. M. I. mi larga experiencia en los negocios (pues hace mas de cuarenta años que sigo la carrera diplomática, y he estado en todas las córtes), me ha honrado con esta comision, «que espero desempeñar á satisfaccion del emperador y de V. A. R., deseando «que se trate con el mayor secreto, porque si los ingleses llegasen por casualidad «á saberla, no pararian hasta encontrar medios de impediria.....» El rey por

(1) A pesar de que ya Napoleon estaba determinado á reconocer por rey de España á Fernando, no se lo manifestaba aun á este, y solo le hablaba como príncipe, para obligarle mas á que por obtener aquella investidura se ofreciera á cuanto de él pudiera exigirse. ¡Bien conocido tenia el emperador el carácter de su prisionero!

entonces solo respondió á esta larga arenga diciendo: «Que un asunto tan sério como aquel, y que le habia cogido tan de sorpresa, pedia mucha reflexion y tiempo para contestarle, y que cuando llegase este caso se lo haria avisar.»

Era demasiado activo el sagaz emisario y conocia bien la critica posicion de su amo para esperar mucho tiempo la respuesta, y asi, al siguiente dia pidió otra nueva audiencia, en la que ademas de reproducirse por ambas partes las mismas razones, llegó ya Laforest á ofrecer á Fernando terminantemente y en nombre del emperador la corona de España, á condicion de que habia de concertarse con él sobre los medios de arrojar á los ingleses de la Peninsula, á lo que dicen contestó Fernando, y aun añade el historiador que nos ha transmitido estas noticias que le apoyaron su hermano y tio (1): «Que de nada podia tratar hallándose en las circunstancias en que estaba en Valencey, y que ademas no podia dar ningun paso sin el consentimiento de la nacion representada por la Regencia.» Hubo sucesivamente de una y otra parte nuevas visitas, observaciones y réplicas, suficientes para que otras personas mas perspicaces que las detenidas en Valencey hubieran conocido la mala fe del negociador, pues este, pareciéndole que la idea de la supuesta república con que en un principio quiso alarmarlas, no habia producido en ellas todo el efecto que deseaba, mudó de rumbo, y ya en sus últimas conversaciones no era república lo que los ingleses querian establecer en España, sino una nueva dinastía, trayendo á ella la de Braganza. Por fin, un dia exigió del rey que le dijera si al volver á España seria amigo ó enemigo del emperador. Fernando contestó: «Estimo mucho al emperador; pero nunca haré cosa que sea en contra de mi nacion y de su felicidad, y por último declaro á V. que sobre este punto nadie en este mundo me hará mudar de dictámen. Si el emperador quiere que yo vuelva á España, trate con la Regencia, y despues de haber tratado y habérmelo hecho constar, lo firmaré; pero para esto es preciso que vengan aqui diputados de ella y me enteren de todo. Dígaselo V. al emperador, y añádale que esto es lo que me dicta mi conciencia.» Tal es la noble respuesta que en la obra antes citada pone D. Juan Escoiquiz en boca de Fernando, y de cuya exactitud no se dudaria tratándose de un rey de carácter firme y enérgico; pero la sana critica se para y suspende darle su asenso cuando la considera pronunciada por el hijo de Carlos IV, por el príncipe que en todo el curso de su vida no presenta, que nosotros sepamos, ni un solo acto en armonía con esa respuesta. No se atribuya nuestra duda en este punto á una predisposicion contraria á aquel monarca, pues ciertamente quisiéramos no hallar motivos para tenerla, siquiera por honor al nombre español; mas la imparcialidad que reclama la historia nos obliga á espresarnos de este modo, sin tratar por eso de prevenir el ánimo del lector juicioso y desapasionado, á quien solo rogamos tenga presente se trata aqui del hombre espantadizo y tímido que en la célebre causa del Escorial escribió á sus padres las vergonzosas cartas del 5 de noviembre de 1807, insertas en nuestro primer tomo; del que olvidando los preceptos del honor, delató á los que por él se habian comprometido; del príncipe apocado que firmó la renuncia de Bayona, y humillado despues á las plantas de su opresor le pedia por favor una princesa de su familia para esposa; y en suma, del rey irresoluto y vacilante que hasta en las puertas mismas del sepulcro fué débil, desheredando primero á su propia hija, y revocando luego tan monstruosa disposicion por los esfuerzos de una persona generosa, y por cierto bien pagada. De este monarca, repetimos, es del que se trata; reflexione el lector sobre los he-

(1) D. Juan Escoiquiz en su obra titulada: *Idea sencilla de las razones que motivaron el viage de el rey D. Fernando VII á Bayona, etc.*, publicada en Madrid en la Imprenta Real, año 1814. De esta obra estan tomadas las conferencias, cartas y demas documentos que referentes á esta materia insertamos en la nuestra. El lector dará el crédito que guste á los asertos del antiguo maestro de Fernando VII, ya que la exactitud de la historia nos obliga á tomar de dicha obra unas noticias absolutamente necesarias para el conocimiento de aquellos sucesos, por mas desconfianza que nos inspire la fuente á que se refieren.

chos indicados y sobre los demas de su vida, y solo asi se pondrá en estado de poder con algun fundamento negar ó conceder despues su asenso á las aseveraciones de Escoizquiz.

Prosigamos en nuestra relacion. El rey Fernando terminó estas primeras negociaciones poniendo en manos del conde de Laforest una carta en contestacion á la del emperador, concebida en estos términos: « Señor, el conde de Laforest me ha entregado la carta que V. M. I. me ha hecho la honra de escribirme fecha 12 del corriente, é igualmente estoy muy reconocido á la honra que V. M. I. me hace de querer tratar conmigo para obtener el fin que desea de poner un término á los negocios de España.

« V. M. I. dice en su carta que la Inglaterra fomenta en ella la anarquía y el Jacobinismo, y procura aniquilar la monarquía española. No puedo menos de sentir en sumo grado la destruccion de una nacion tan vecina á mis estados y con la que tengo tantos intereses marítimos comunes. Deseo, pues, quitar (prosigue V. M.) á la influencia inglesa cualquiera pretexto, y restablecer los vinculos de amistad y de buenos vecinos que tanto tiempo han existido entre las dos naciones. A estas proposiciones, señor, respondo lo mismo que á las que me ha hecho de palabra de parte de V. M. I. y R. el señor conde de Laforest; que yo estoy siempre bajo la proteccion de V. M. I. y que siempre le profesó el mismo amor y respeto, de lo que tiene tantas pruebas V. M. I.; pero no puedo hacer ni tratar nada sin el consentimiento de la nacion española, y por consiguiente de la junta. V. M. I. me ha traído á Valencey, y si quiere colocarme de nuevo en el trono de España, puede V. M. hacerlo, pues tiene medios para tratar con la junta que yo no tengo, ó si V. M. I. quiere absolutamente tratar conmigo, y no teniendo yo aqui en Francia ninguno de mi confianza, necesito que vengan aqui con auencia de V. M. diputados de la junta (1) para enterarme de los negocios de España, ver los medios de hacerla verdaderamente feliz, y para que sea válido en España todo lo que yo trate con V. M. I. y R.

« Si la política de V. M. y las circunstancias actuales de su imperio no le permiten conformarse con estas condiciones, entonces quedaré quieto y muy gustoso en Valencey, donde he pasado ya cinco años y medio, y donde permaneceré toda mi vida si Dios lo dispone asi.

« Siento mucho, señor, hablar de este modo á V. M.; pero mi conciencia me obliga á ello. Tanto interes tengo por los ingleses como por los franceses; pero sin embargo, debo preferir á todo los intereses y felicidad de mi nacion. Espero que V. M. I. y R. no verá en esto mismo mas que una nueva prueba de mi ingenua sinceridad y del amor y cariño que tengo á V. M. Si prometiese yo algo á V. M. y despues estuviese obligado á hacer todo lo contrario, ¿qué pensaria V. M. de mí? Diria que era un inconstante y se burlaria de mí, y ademas me deshonoraria para con toda la Europa.

« Estoy muy satisfecho, señor, del conde de Laforest, que ha manifestado mucho celo y ahinco por los intereses de V. M., y que ha tenido muchas consideraciones para conmigo.

« Mi hermano y tío me encargan los ponga á la disposicion de V. M. I. y R.

« Pido, señor, á Dios conserve á V. M. muchos años.—Valencey 21 de noviembre de 1815.—Fernando.»

Tomada esta carta, como ya hemos dicho, de la obra de D. Juan Escoizquiz atras citada, la hemos copiado tal como en aquella se encuentra, sin permitirnos, en obsequio á la exactitud, alterar en nada el estilo ó corregir la redaccion: en orden á su contesto nada añadiremos tampoco á lo indicado sobre la respuesta que

(1) Sin duda el rey Fernando se referia aqui á las córtes (si no es que lo hacia á la Regencia), aunque las llamaba junta por la confusa idea que se conoce tenia de los asuntos de España, lo que no es extraño cuando solo se hallaba informado de ellos por los diarios censurados del imperio.

se dice dada por Fernando al conde de Laforest, mayormente cuando el mismo D. Juan se va á contradecir ahora presentándonos á Fernando, el 11 del inmediato diciembre, accediendo á un tratado en abierta oposicion con los principios emitidos en esta carta.

En efecto, hostigado el emperador de los franceses por lo apremiante de las circunstancias, repitió sus comenzadas gestiones, y para asegurar mejor su intento mandó ir á Valencey al duque de San Carlos, desde Lons-le-Saulnier donde le tenia confinado. Renovadas entonces las conferencias, asistieron el rey y los infantes D. Carlos y D. Antonio, Laforest y San Carlos, y en ellas se acordó que los dos últimos, autorizados competentemente con plenos poderes de sus amos respectivos, hiciesen y firmasen un tratado, si bien no debía considerarse este concluido hasta que llevado á Madrid por el duque, fuese ratificado por la Regencia y tambien por el rey, cuando restituido al trono, estuviere en el goce de su plena libertad.

Para llevar á punto esta determinacion, dirigió Fernando VII al duque de San Carlos la siguiente carta autógrafa: « Duque de San Carlos, mi primo.—Deseando que cesen las hostilidades y concurrir al establecimiento de una paz sólida y duradera entre la España y la Francia, y habiéndome hecho proposiciones de paz el emperador de los franceses, rey de Italia, por la íntima confianza que hago de vuestra fidelidad, os doy pleno y absoluto poder, y encargo especial para que en nuestro nombre trateis, concluyais y firmeis con el plenipotenciario nombrado para este efecto por S. M. I. y R. el emperador de los franceses y rey de Italia, tales tratados, artículos, convenios ú otros actos que juzgeis convenientes, prometiendo cumplir y ejecutar puntualmente todo lo que vos, como plenipotenciario, prometais y firmeis en virtud de este poder, y de hacer espedir las ratificaciones en buena forma, á fin de que sean cangeadas en el término que se conviniere.—En Valencey á 4 de diciembre de 1813.—*Fernando.* »

Autorizado en los mismos términos Mr. de Laforest por parte del emperador Napoleon, y puestos en breve de acuerdo los dos plenipotenciarios, estipularon y firmaron un tratado concebido en los términos siguientes: « S. M. C. y el emperador de los franceses, rey de Italia, protector de la Confederacion del Rhin, y mediador de la Confederacion Suíza, igualmente animados del deseo de hacer cesar las hostilidades y de concluir un tratado de paz definitivo entre las dos potencias, han nombrado plenipotenciarios á este efecto, á saber: S. M. Don Fernando á D. José Miguel de Carvajal, duque de San Carlos, conde del Puerto, gran maestre de postas de Indias, grande de España de primera clase, mayordomo mayor de S. M. C., teniente general de los ejércitos, gentilhombre de cámara con ejercicio, gran cruz y comendador de diferentes órdenes, etc., etc., etc.; S. M. el emperador y rey á Mr. Antonio Renato Carlos Mathurin, conde de Laforest, individuo de su consejo de Estado, gran oficial de la Legion de Honor, gran cruz de la órden imperial de la Reunion, etc., etc., etc. Los cuales, despues de cangear sus plenos poderes respectivos, han convenido en los artículos siguientes: « Artículo 1.º Habrá en lo sucesivo y desde la fecha de la ratificacion de este tratado, paz y amistad entre S. M. Fernando VII y sus sucesores, y S. M. el emperador y rey, y sus sucesores. 2.º Cesarán todas las hostilidades por mar y tierra entre las dos naciones, á saber: en sus posesiones continentales de Europa, inmediatamente despues de las ratificaciones de este tratado; quince dias despues, en los mares que bañan las costas de Europa y Africa de esta parte del ecuador; cuarenta despues, en los mares de Africa y América en la otra parte del ecuador; y tres meses despues en los países y mares situados al este del cabo de Buena Esperanza. 3.º S. M. el emperador de los franceses, rey de Italia, reconoce á D. Fernando y sus sucesores segun el órden de sucesion establecido por las leyes fundamentales de España, como rey de España y de las Indias. 4.º S. M. el emperador y rey reconoce la integridad del territorio de España, tal cual existia antes de la guerra actual. 5.º Las provincias y plazas actualmente ocupadas por las tropas francesas serán entregadas en el estado en que se encuentran á los

« gobernadores y á las tropas españolas que sean enviadas por el rey. 6.º S. M. « el rey Fernando se obliga por su parte á mantener la integridad del territorio de « España, islas, plazas y presidios adyacentes, con especialidad Mahon y Ceuta. Se « obliga tambien á evacuar las provincias, plazas y territorios ocupados por los « gobernadores y ejército británico. 7.º Se hará un convenio militar entre un « comisionado frances y otro español, para que simultáneamente se haga la eva- « cucion de las provincias españolas, ú ocupadas por los franceses ó por los ingle- « ses. 8.º S. M. C. y S. M. el emperador y rey se obligan recíprocamente á man- « tener la independencia de sus derechos marítimos, tales como han sido esti- « pulados en el tratado de Utrech, y como las dos naciones los habian mantenido « hasta el año de 1092. 9.º Todos los españoles adictos al rey José, que le « han servido en los empleos civiles ó militares y que le han seguido, volverán « á los honores, derechos y prerogativas de que gozaban: todos los bienes de « que hayan sido privados les serán restituidos. Los que quieran permanecer fuera « de España tendrán un término de diez años para vender sus bienes y tomar to- « das las medidas necesarias á su nuevo domicilio. Les serán conservados sus de- « rechos á las sucesiones que puedan pertenecerles, y podrán disfrutar sus bienes « y disponer de ellos sin estar sujetos al derecho del fisco ó de retraccion, ó cual- « quier otro derecho. 10. Todas las propiedades, muebles ó inmuebles, pertene- « cientes en España á franceses ó italianos, les serán restituidas en el estado en que « las gozaban antes de la guerra. Todas las propiedades secuestradas ó confiscadas « en Francia ó en Italia á los españoles, antes de la guerra, les serán tambien res- « tituidas. Se nombrarán por ambas partes comisarios que arreglarán todas las cues- « tiones contenciosas que puedan suscitarse ó sobrevenir entre franceses, italianos « ó españoles, ya por discusiones de intereses anteriores á la guerra, ya por los « que haya habido despues de ella. 11. Los prisioneros hechos de una y otra parte « serán devueltos, ya se hallen en depósitos, ya en cualquiera otro parage, ó ya « hayan tomado partido; á menos que inmediatamente despues de la paz no decla- « ren ante un comisario de su nacion que quieren continuar al servicio de la po- « tencia á quien sirven. 12. La guarnicion de Pamplona, los prisioneros de « Cádiz, de la Coruña, de las islas del Mediterráneo, y los de cualquiera otro « depósito que hayan sido entregados á los ingleses, serán igualmente devuel- « tos, ya esten en España, ó ya hayan sido enviados á América. 13. S. M. Fernan- « do VII se obliga igualmente á hacer pagar al rey Cárlos IV y á la reina su esposa « la cantidad de treinta millones de reales, que será satisfecha puntualmente por « cuartas partes de tres en tres meses. A la muerte del rey, dos millones de fran- « cos formarán la viudedad de la reina. Todos los españoles que esten á su servi- « cio tendrán la libertad de residir fuera del territorio español todo el tiempo « que SS. MM. lo juzguen conveniente. 14. Se concluirá un tratado de comercio « entre ambas potencias, y hasta tanto sus relaciones comerciales quedarán bajo el « mismo pié que antes de la guerra de 1792. 15. La ratificacion de este tratado se « verificará en Paris en el término de un mes, ó antes si fuere posible. Fecho y « firmado en Valencey á 11 de diciembre de 1813.—*El duque de San Cárlos.*—*El* « *conde de Laforest.*»

No se necesitaba una prueba tan terminante como la de los dos documentos que anteceden para justificar la desconfianza con que hemos leído poco há los asertos de Escoiquiz sobre la firmeza de carácter que quiere suponer en Fernando, asi en sus conferencias con Laforest, como en su carta á Napoleon.

« Apesárase el alma, dice Toreno, y desgracia es para España que los mis- mos hombres (no se alude en este caso á Palafox ni á Zayas) que por sus errados consejos habian influido poderosamente en meter á la nacion y al rey en un mar de desdichas sin suelo apenas ni cabo, volviese á salir al teatro político para representar papeles parecidos á los de antes, trabajando por estremarse en idénticos desvíos de discernimiento y buen juicio.—Porque en efecto, si examinamos con aten- cion el tratado de Valencey, cuya letra no ha podido alterarse, patente se hace

permanecian aun vivas las inclinaciones de Bayona entre los cortesanos que asistieron allí en 1808: pues en el contesto del referido tratado ni siquiera se nombra al gobierno nacional que, durante la ausencia del rey, habia agarrado con gloria y dichosa estrella el timon de los negocios públicos, ni tampoco se hace mencion de los aliados, acordándose solo de los ingleses para repelerlos fuera del territorio español á manera de enemigos. Y si del tratado pasamos á las instrucciones que de palabra se comunicaron á San Carlos, y cuenta Escoiquiz, ¿habrá nadie que no las gradue de mal sonantes, falaces é impropias de la dignidad real? En ellas, queriendo por una parte engañar á Napoleon mismo y faltarle á lo pactado, suscitanse por la otra recelos contra la Regencia y las córtes, y aun se sospecha de su lealtad, anunciando en su escrito D. Juan Escoiquiz que sin las precauciones adoptadas «hubiera podido llegar por la infidelidad de la Regencia la noticia de las intenciones del rey al gobierno frances y echarlo todo á perder.» Enhorabuena desagradasen al tal autor y á los suyos las opiniones de las córtes y sus providencias en materia de reformas, aunque no las conociesen bien; pero tildar á sus individuos del modo que lo hicieron, y aun creer que la Regencia fuese capaz de descubrir á Napoleon un secreto del rey, como en su folleto estampa osadamente el D. Juan, cosa es que alborota el ánimo y provocará á ira al español mas pacífico y templado, siempre que sea amante de la verdad y de la justicia. Qué! ¿Hombres integros y de incontrastable firmeza en tiempos procelosos y desesperados, mudaríanse de repente, y ahora cuando iba á entrarse en otros serenos y bonancibles? No, ni imaginado lo hubieran antes ni despues, ni entonces, aun dado caso que hubiese ya zumbado en sus oídos el ruido de los grillos y cadenas que preparaban para ellos y la patria, en recompensa de tribulaciones pasadas y grandes servicios, los de Valencey y secuaces.—Que fuese el encubierto deseo de los consejeros de Fernando rehuir de otras alianzas y estrechar la del emperador frances, ya por miedo, ya por la ciega admiracion que aun conservaban á su persona, colijese del tratado referido que no consiente interpretaciones, ni posteriores variantes, y de la conducta que todos ellos tuvieron é iremos observando hasta la final caída de Bonaparte...»

El duque de San Carlos fué el destinado para traer á España ese triste convenio, con una carta del rey para la Regencia, que sirviese de credencial, y una instruccion ostensible que escudase á Fernando cerca del gobierno frances. En la primera se exigia del de Madrid la ratificacion del tratado. Ademas de estos documentos nos dice Escoiquiz, que el mismo Fernando hizo de palabra á San Carlos las advertencias siguientes: «1.^a Que en caso de que la Regencia y las córtes fuesen leales al rey y no infieles é inclinadas al jacobinismo, como S. M. sospechaba, se les digese era su real intencion que ratificase el tratado; con tal que «lo consintiesen las relaciones entre España y las potencias ligadas contra la Francia, y no de otra manera; 2.^a que si la Regencia, libre de compromisos, le ratificase, podia verificarlo temporalmente entendiéndose con la Inglaterra, resuelto «S. M. á declarar dicho tratado forzado y nulo á su vuelta á España, por los males que traería á su pueblo semejante confinacion; y 3.^a que si dominaba en la «Regencia y en las córtes *el espíritu de jacobinismo*, nada dijese el duque y se «contentase con insistir buenamente en la ratificacion, reservándose S. M., luego que se viese libre, el continuar ó no la guerra segun lo requiriese el interes «ó la buena fe de la nacion (1).»

Ahora sí, que contra su deseo, nos pinta Escoiquiz á Fernando en toda la fealdad de su carácter, pues le vemos injusto, desconfiado é ingrato con los que habian roto los cerrojos de su prision, y falaz y falso para con el emperador, disponiéndose á faltarle á lo pactado y á engañarle en los momentos mismos en que con las mas humillantes espresiones afectaba ponerse en sus manos. Accion impropia no ya solo

(1) En la obra citada: *Idea sencilla etc.*, por D. Juan Escoiquiz. Cap. 6, pág. 109.

de la dignidad real, sino de todo hombre que no haya arrancado de su corazón todas las inspiraciones de la moral y del honor, sin que pueda servir de excusa á tan bajo proceder la idea de que ahora se empleaba contra Bonaparte; pero desgraciadamente el carácter de aquel monarca, que tan adverso fué para España, se hermanaba mejor con las acciones indecorosas y menguadas, que con las nobles y generosas.

El 11 de diciembre salió de Valencey el duque de San Carlos bajo el falso nombre de Ducos para ocultar mejor su viage, y que no llegára á traslucirse el obje-



PARTE PARA ESPAÑA EL DUQUE DE SAN CARLOS.

to del encargo, cuya reserva recomendaba Napoleon. Este hizo ir á Valencey á D. Pedro Macanaz, para que en ausencia de San Carlos continuára tratando con Leforest: tambien envié al mismo punto á los generales D. José de Zayas y D. José de Palafox encerrados hasta entonces en Vicennes, sin olvidarse tampoco de D. Juan Escoiquiz, que desde Bourgues llegó á Valencey el 14 del mismo diciembre, y el cual por disposicion de Fernand tomó luego parte en las conferencias de Macanaz y Leforest. De este modo, y esceptuando solo á Palafox y Zayas, se volvió el monarca español á poner en manos de los mismos que seis años antes habian hecho su desgracia y la de la nacion; y como ni el rey ni sus consejeros habian aprendido nada en los infortunios, no supieron mas que seguir por la senda de perdicion que los habia precipitado en 1808, y bien fuera por temor ó por la admiracion que todavia conservaban al emperador de los franceses, se dedicaron desde luego á buscar los medios de mantener su alianza, esquivando cualquiera otra. Como parte de este errado plan, refieren algunos un suceso de que debemos dar aquí alguna idea, aunque ligera.

Por el mismo tiempo que en Valencey tenian lugar los tratos referidos, vinieron á España unos comisionados franceses, que bajo de cuerda dirigia y manejaba desde su país un tal Mr. Tassin, sugeto entremetido é intrigante. El encargo de aquellos se dirigia especialmente á introducir desconfianza respecto de los ingleses y trabajar con empeño para que estos saliesen de España. Dos eran los comisionados principales revestidos de poderes y con autorizacion competente. Uno de ellos se presentó á Mina, y el otro, huyendo de la carretera de Irun para no encontrarse con D. Manuel Freire y lord Wellington, se dirigió á Bilbao, en donde se abocó con un cierto Echevarria, amigo y corresponsal de los de Valencey desde las ocurrencias de Bayona. Se unieron á los espresados emisarios algunos otros,

entre los que, por su sagacidad y arrojo, merece especial mencion un Mr. Magdeleine, hombre que sabia aparentar un natural bondadoso y sencillo; el cual tuvo astucia bastante para engañar á D. Miguel de Alava y al mismo lord Wellington, hasta el punto de sacarles recomendaciones y dinero. El general Mina, siempre tan buen español, como avisado y astuto, se manejó de modo capaz de conseguir que el comisionado que se le presentó, llamado Mr. Duclerc, le descubriera todo el objeto de su mision y le entregára diversos papeles. Informada de todo la Regencia del reino, y cierta de la malicia y maldad de la trama urdida, dispuso proceder contra los ejecutores de ella, y ordenó en consecuencia la prision de varios sugetos, señaladamente la del que hemos dicho haberse enderezado á Bilbao, de cuya persona, ya de regreso, se apoderó dentro del territorio frances D. Miguel de Alava, en virtud de órden superior y por medio del comisario de policia Mr. Latour. Determinada estaba la Regencia á que se castigase ejemplarmente á tan indignos enredadores; pero cuando mas firme se hallaba en su resolucion, tuvo que pararse, bien á su pesar, sabedora de que entre los documentos habia algunos (¡vergüenza dá decirlo!) que aparecian firmados de puño y letra de persona muy elevada y augusta. Este descubrimiento hizo suspender las diligencias judiciales, procurando dar treguas al asunto y aun echarle tierra. Algunos pensaron que todo ello habia sido pura fragua y falsificacion de D. Juan Amézaga (1), hombre mal reputado, y que al lado de Fernando servia secretamente al gobierno frances; pero mudaron de dictámen al averiguar que los arrestados recobraron su libertad al tornar Fernando á España, y que recibieron en 1815 (2) una suma considerable á trueque de que entregasen papeles al parecer importantes que todavia conservaban en su poder, y con cuya publicacion amenazaban al rey Fernando con sobrada confianza y orgullo.

El duque de San Carlos llegó á Madrid el 4 de enero, dilatándose el despacho del negocio que traía, por hallarse á la propia sazón todavia de viage la Regencia y las córtés, y tardar estas algunos dias en instalarse. Mientras tanto, sospechándose algo sobre el objeto de la venida del duque, y no bien visto este tampoco por los recuerdos de Bayona, se embraveció la opinion pública en su contra, espresándose en dichos y alusiones ofensivas que insertas en los periódicos se repetian en las funciones teatrales y se reproducian en jácara por las calles y plazas.

Inquietos tambien en Valencey los que alli habian quedado, y temerosos de que el duque de San Carlos enfermase ó tuviese tropiezos en el camino, idearon enviar con igual comision á D. José Palafox, conociendo que la popularidad que gozaba por la defensa de Zaragoza alejaria de su persona todo motivo de enojo y abreviaria la comision. Se le dieron á D. José los mismos papeles que al que le ha-

(1) D. Juan Gualberto Amézaga, aparentando fidelidad y honradez, logró el año de 1808 agregarse en Vitoria á la comitiva del rey y obtener el empleo de su caballerizo; despues en Valencey consiguió el gobierno de la casa de S. M. bajo el título de intendente, y vendido al gobierno frances le servia de espia cerca de Fernando. D. Juan Escoiquiz, en la obra antes citada (página 82), censura ágríamente á este sugeto, no obstante los vínculos de parentesco que unian á ambos. A pesar de todo cometió la imprudencia de regresar á España al volver el rey á ocupar el trono: acusado de culpables manejos durante la permanencia de Fernando en Valencey, mandósele formar causa, y la audiencia de Zaragoza lo condenó á la pena de muerte, en cuyo estado, no esperando Amézaga obtener el perdon del rey, se suicidó con una navaja de afeitar en la cárcel en donde estaba preso.

(2) En el año de 1815 (dice Toreno, cuyo relato seguimos aqui casi literalmente) Tassin y Duclerc pidieron que se les indemnizase, amenazando si no publicar las cartas que decian tener del rey con otras anécdotas suyas y de los infantés en Valencey. D. Miguel de Alava, á la sazón ministro plenipotenciario de España en París, escribió al rey con este motivo, y le envió una carta de Tassin. S. M. contestó al primero diciéndole entre otras cosas: «que las cartas fueron fabricadas por quien tendría interes en ello, y con el objeto que él sabia:» lo que hizo sospechar que todo habria sido intrigas y amaños de Amézaga. Con todo, mudó la opinion al ver que insistiendo aquellos agentes en sus reclamaciones, bajo los embajadores conde de Peralada y duque de Fernan-Núñez, se les dió en tiempo del último para acallarlos doscientos mil ó mas francos, en cambio de los papeles que tenian y entregaron. Esto y el tono insolente de las demandas aumentó los recelos anteriores de que mano mas alta que la de Amézaga habia tomado tambien parte en la correspondencia.»

bia precedido, acompañados de otra instruccion (1) comprensiva de varios puntos relativos al cumplimiento del tratado, y una nueva carta ó credencial para la Regencia, trayendo tambien, segun parece, encargo, aunque verbal, de manifestar al embajador de Inglaterra de parte de S. M. sus sentimientos de gratitud y aprecio hácia la Gran Bretaña. Con estas instrucciones partió Palafox de Valencey el 24 de diciembre bajo el nombre de Mr. Taysier, y llegó á Madrid en el mes inmediato, dias despues que San Carlos.

Visto ya el modo con que en Valencey se fraguaban los hierros destinados á oprimir á la infortunada España, examinemos en el capitulo siguiente si las disposiciones de nuestro gobierno fueron acertadas y propias para conjurar la tempestad que le amenazaba.

el orizituo

(1) La instruccion dada por el rey Fernando á D. José Palafox estaba concebida en estos términos: «La copia que se os entrega de la instruccion dada al duque de San Carlos os manifestará con claridad su comision, á cuyo feliz éxito debereis contribuir, obrando de acuerdo con dicho duque en todo aquello que necesite vuestra asistencia, sin separaros en cosa alguna de su dictámen, como que lo requiere la unidad que debe haber en el asunto de que se trata, y ser el expresado el que se halla autorizado por mí. Posteriormente á su salida de aquí han acaecido algunas novedades en la preparacion de la ejecucion del tratado que se hallan en la apuntacion siguiente.

«Téngase presente que inmediatamente despues de la ratificación pueden darse órdenes por la Regencia para una suspension general de hostilidades; y que los señores mariscales generales en jefe de los ejércitos del emperador accederán por su parte á ella. La humanidad exige que se evite de una y otra parte todo derramamiento de sangre inútil.

«Hágase saber que el emperador, queriendo facilitar la pronta ejecucion del tratado, ha elegido al señor mariscal duque de la Albufera por su comisario en los términos del artículo sétimo. El señor mariscal ha recibido los plenos poderes necesarios de S. M., á fin de que así que se verifique la ratificación por la Regencia, se concluya una convenccion militar relativa á la evacuacion de las plazas tal cual ha sido estipulada en el tratado, con el comisario que puede desde luego enviarle el gobierno español.

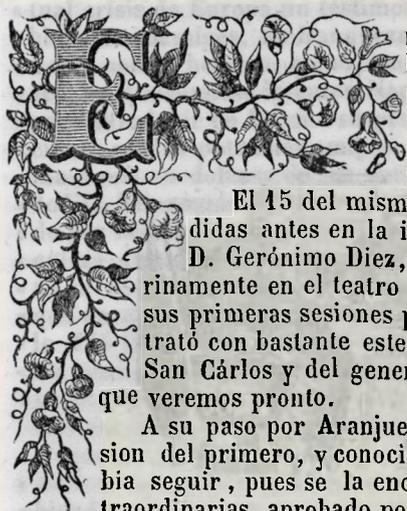
«Téngase entendido tambien que la devolucion de prisioneros no esperimenterá ningun retardo, y que dependerá únicamente del gobierno español el acelerarla; en la inteligencia de que el señor mariscal duque de la Albufera se halla tambien encargado de estipular en la convenccion militar, que los generales y oficiales podrán restituirse en posta á su pais, y que los soldados serán entregados en la frontera hácia Bayona y Perpiñan, á medida que vayan llegando á ella.

«En consecuencia de esta apuntacion, la Regencia habrá dado sus órdenes para la suspension de las hostilidades, y habrá nombrado comisario de su confianza para realizar por su parte el contenido de ella.—Valencey á 23 de diciembre de 1813.—FERNANDO.—*A D. José de Palafox.*»



CAPITULO XLVII.

Entra la Regencia del reino en Madrid.—Abren las córtes allí sus sesiones.—Cartas de la Regencia al rey.—Regresan á Francia el duque de San Carlos y Palafox.—Dá cuenta á las córtes de este negocio la Regencia.—Consultan las córtes al Consejo de Estado acerca del asunto.—Dictámen de esta corporacion.—Decreto de las córtes en la materia.—Proposicion del diputado Sanchez.—Manifiesto de las córtes á la nacion.—Se reciben con aplauso el decreto y manifiesto citados.—Juicio sobre dicho decreto.—Ligas y manejos contra las nuevas reformas.—El conde del Abisbal.—Alarmante discurso del diputado Reina.—Alboroto que causa en las córtes y sus resultados.—Tratan algunos de mudar la Regencia.—No lo consiguen.—Proposicion del diputado Cepero.—Cierran las córtes sus sesiones.—Abrense las correspondientes á 1814.—Reconocimiento del Austria y tratado con Prusia.



El tránsito de la Regencia desde la isla de Leon hasta la capital de la monarquía fué un continuado triunfo, esmerándose todos los pueblos en su obsequio, y con el mismo júbilo y aclamaciones fué recibida en Madrid, donde entró el 5 de enero de 1814.

El 15 del mismo mes abrieron las córtes sus sesiones, suspendidas antes en la isla de Leon, y nombraron por su presidente á D. Gerónimo Díez, diputado por Salamanca, congregándose interinamente en el teatro de los caños del Peral. Poco interes ofrecieron sus primeras sesiones públicas, pero si las secretas, pues en ellas se trató con bastante estension del objeto de las comisiones del duque de San Carlos y del general Palafox, ofreciendo la discusion el resultado que veremos pronto.

A su paso por Aranjuez tuvo ya conocimiento la Regencia de la mision del primero, y conocida, no titubeó un instante en la marcha que debia seguir, pues se la encontró marcada en el decreto de las córtes extraordinarias, aprobado por unanimidad en la isla de Leon el 1.º de enero de 1811, en el cual, como recordará el lector, declaraban aquellas, «que no reconocerian, y antes bien tendrian por nulo y de ningun valor ni efecto, todo acto, tratado, convenio ó transaccion de cualquiera clase ó naturaleza..... otorgados por el rey mientras permaneciese en el estado de opresion y falta de libertad en que se hallaba..... pues jamas le consideraria libre la nacion, ni le prestaría obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos en el seno del congreso nacional..... ó del gobierno formado por las córtes.» Remitió, pues, la Regencia copia auténtica á S. M. de este decreto con una carta del tenor siguiente: « Señor: La Regencia de las Españas, nombrada por las córtes generales y extraordinarias de la nacion, ha recibido con el mayor respeto la carta que V. M. se ha

«servido dirigirle por el conducto del duque de San Carlos, así como el tratado de paz y demás documentos de que el mismo duque ha venido encargado.

«La Regencia no puede expresar á V. M. debidamente el consuelo y júbilo que le ha causado el ver la firma de V. M., y quedar por ella asegurada de la buena salud que goza en compañía de sus muy amados hermano y tío los señores infantes D. Carlos y D. Antonio, así como de los nobles sentimientos de V. M. por su amada España.

«La Regencia todavía puede expresar mucho menos cuales son los del leal magnánimo pueblo que le juró por su rey, ni los sacrificios que ha hecho, hace y hará hasta verle colocado en el trono de amor y de justicia que le tiene preparado; y se contenta con manifestar á V. M. que es el amado y deseado de toda la nación.

«La Regencia que en nombre de V. M. gobierna á la España, se ve en la precisión de poner en noticia de V. M. el decreto que las córtes generales y extraordinarias espidieron el día 1.º de enero del año de 1814, de que acompaña la adjunta copia.

«La Regencia al trasmitir á V. M. este decreto soberano, se escusa de hacer la mas mínima observacion acerca del tratado de paz, y si asegura á V. M. que en él halla la prueba mas auténtica de que no han sido infructuosos los sacrificios que el pueblo español ha hecho por recóbrar la real persona de V. M., y se congratula con V. M. de ver ya muy próximo el dia en que logrará la inesplacable dicha de entregar á V. M. la autoridad real, que conserva á V. M. en fiel depósito, mientras dura el cautiverio de V. M. Dios conserve á V. M. muchos años para bien de la monarquía. Madrid 8 de enero de 1814.—Señor.—A. L. R. P. de V. M.—*Luis Borbon*, cardenal de Escala, arzobispo de Toledo, presidente.—*José Luyando*, ministro de Estado.»



ESCRIBE LA REGENCIA A FERNANDO.

En 28 del propio mes respondió también la Regencia á la nueva carta que le dirigió el rey por conducto de D. José de Palafox, haciéndolo casi en los mismos términos que en la anterior, añadiendo solo que á S. M. se debía «el restablecimiento, desde su cautiverio, de las córtes, haciendo libre á su pueblo, y ahuyentando del trono de España el monstruo feroz del despotismo.» Esta indicacion, que aludía al decreto dado sigilosamente por Fernando en Bayona en el año de 1808, era un oportuno recuerdo con el cual procuraba sagazmente la Regencia hacer ver

á Fernando que la reunion de las córtes, de las que ya se temia fuera enemigo, habia sido disposicion suya, y que esta razon le obligaba á contemporizar con ellas. Anunciábase tambien en la misma carta haber el gobierno «nombrado embajador «extraordinario para concurrir á un congreso en que las potencias beligerantes y «aliadas iban á dar la paz á la Europa.»

El duque de San Carlos y D. José de Palafox regresaron á Francia, no muy satisfechos de su comision, y mas despechado el primero por los desaires é insultos que habia recibido.

Luego que se reunieron las córtes, informóles la Regencia de todo el negocio, inquiriendo de ellas ademas lo que convendria practicar en caso de que Napoleon, prescindiendo de su propuesto tratado, soltase al rey, segun ya se decia, con ánimo de separar á España de la alianza europea, é introducir entre nosotros la desunion y nuevos conflictos y disgustos. Las córtes dieron ahora una prueba singular de moderacion y prudencia, pues antes de entrar en el exámen de cuestion tan ardua y espinosa, quisieron oir acerca de la misma al Consejo de Estado, cuya corporacion, sin titubear en nada, opinó «que no se permitiese ejercer la autoridad real á Fernando VII hasta que hubiese jurado la Constitucion en el seno del «congreso, y que se nombrase una diputacion que al entrar S. M. libre en España le presentase la nueva ley fundamental, y le enterase del estado del pais y de «sus sacrificios y muchos padecimientos: » con otras advertencias respecto de los españoles comprometidos con José, algo rigurosas en verdad, pero disculpables sin embargo por los tristes presentimientos que empezaban á experimentar los buenos españoles.

En vista de esta consulta y de lo manifestado por la Regencia, deliberaron en secreto las córtes sobre el asunto muy detenidamente, y por una inmensa mayoría acordaron y publicaron el siguiente decreto: «Deseando las córtes dar en la actual crisis de Europa un testimonio público y solemne de perseverancia inalterable á los enemigos, de franqueza y buena fé á los aliados, y de amor y confianza «á esta nacion heróica, como igualmente destruir de un golpe las asechanzas y «ardides que pudiese intentar Napoleon en la apurada situacion en que se halla «para introducir en España su pernicioso influjo, dejar amenazadas nuestras relaciones con las potencias amigas, ó sembrar la discordia en esta nacion magnánima unida en defensa de sus derechos y de su legitimo rey el señor D. Fernando VII, han venido en decretar y decretan:—1.º conforme al tenor del decreto dado por las córtes generales y extraordinarias en 1.º de enero de 1814, que se circulará de nuevo á los generales y autoridades que el gobierno juzgare oportuno, «no se reconocerá por libre al rey ni por lo tanto se le prestará obediencia, hasta «que en el seno del congreso nacional preste el juramento prescrito en el artículo 175 de la Constitucion. 2.º Asi que los generales de los ejércitos que ocupan «las provincias fronterizas sepan con probabilidad la próxima venida del rey, despacharán un extraordinario ganando horas, para poner en noticia del gobierno «cuantas hubiesen adquirido acerca de dicha venida, acompañamiento del rey, «tropas nacionales ó extranjeras que se dirijan con S. M. hácia la frontera, y demás circunstancias que puedan averiguar concernientes á tan grave asunto, debiendo el gobierno trasladar inmediatamente estas noticias á conocimiento de «las córtes. 3.º La Regencia dispondrá todo lo conveniente y dará á los generales las instrucciones y órdenes necesarias á fin de que al llegar el rey á la frontera reciba copia de este decreto, y una carta de la Regencia con la solemnidad «debida, que instruya á S. M. del estado de la nacion, de sus heróicos sacrificios, «y de las resoluciones tomadas por las córtes para asegurar la independencia nacional y la libertad del monarca. 4.º No se permitirá que entre con el rey ninguna fuerza armada. En caso que esta intentase penetrar por nuestras fronteras «ó las lineas de nuestros ejércitos, será rechazada con arreglo á las leyes de la guerra. 5.º Si la fuerza armada que acompañare al rey fuere de españoles, los «generales en gefe observarán las instrucciones que tuvieren del gobierno, diri-

«gidas á conciliar el alivio de los que hayan padecido la desgraciada suerte de
 « los prisioneros, con el orden y seguridad del estado. 6.º El general del ejército
 « que tuviese el honor de recibir al rey, le dará de su mismo ejército la tropa
 « correspondiente á su alta dignidad y honores debidos á su real persona. 7.º No
 « se permitirá que acompañe al rey ningun extranjero, ni aun en calidad de do-
 « méstico ó criado. 8.º No se permitirá que acompañen al rey, ni en su servi-
 « cio, ni en manera alguna, aquellos españoles que hubiesen obtenido de Napoleon ó
 « de su hermano José, empleo, pension ó condecoracion de cualquiera clase
 « que sea, ni los que hayan seguido á los franceses en su retirada. 9.º Se confia
 « al celo de la Regencia el señalar la ruta que haya de seguir el rey hasta llegar á
 « esta capital, á fin de que en el acompañamiento, servidumbre, honores que se
 « hagan en el camino, y á su entrada en esta corte y demas puntos convenientes
 « á este particular, reciba S. M. las muestras de honor y respeto debidos á su dig-
 « nidad suprema, y al amor que le profesa la nacion. 10. Se autoriza por este
 « decreto al presidente de la Regencia para que en constando la entrada del rey
 « en territorio español, salga á recibir á S. M. hasta encontrarle y acompañarle
 « á la capital con la correspondiente comitiva. 11. El presidente de la Regencia
 « presentará á S. M. un ejemplar de la Constitucion política de la monarquía, á
 « fin de que instruido S. M. en ella, pueda prestar con cabal deliberacion y volun-
 « tad cumplida el juramento que la Constitucion previene. 12. En cuanto llegue
 « el rey á la capital vendrá en derecho al congreso á prestar dicho juramento,
 « guardándose en este caso las ceremonias y solemnidades mandadas en el regla-
 « mento interior de córtes. 13. Acto continuo que preste el rey el juramento
 « prescrito en la Constitucion, treinta individuos del congreso, de ellos dos secre-
 « tarios, acompañarán á S. M. á Palacio, donde formada la Regencia con la debida
 « ceremonia, entregará el gobierno á S. M. conforme á la Constitucion y al artícu-
 « lo 2.º del decreto de 4 de diciembre de 1813. La diputacion regresará al con-
 « greso á dar cuenta de haberse asi ejecutado, quedando en el archivo de córtes el
 « correspondiente testimonio. 14. En el mismo darán las córtes un decreto con
 « la solemnidad debida, á fin de que llegue á noticia de la nacion entera el acto
 « solemne por el cual y en virtud del juramento prestado, ha sido el rey colocado
 « constitucionalmente en su trono. Este decreto despues de leído en las córtes se
 « pondrá en manos del rey por una diputacion igual á la precedente, para que se
 « publique con las mismas formalidades que todos los demas, con arreglo á lo pre-
 « venido en el artículo 14 del reglamento interior de córtes.

«Lo tendrá entendido la Regencia del reino para su cumplimiento, y lo hará
 « imprimir, publicar y circular.

«Dado en Madrid á 2 de febrero de 1814.—(Siguen las firmas del presidente
 «y secretarios.) —*A la Regencia del reino.*»

A pesar de las diversas opiniones que dominaban en las córtes, hubo casi una-
 nidad en la aprobacion de este decreto, no habiendo tenido en contra mas que
 unos diez ó doce votos, y para mayor solemnidad firmaron el acta todos los dipu-
 tados que asistieron á la sesion. En la del dia 3 propuso el diputado Sanchez, y
 aprobaron las córtes en la del 8, que se publicase y circulase con el decreto del 2
 y demas documentos pertenecientes al negocio, un manifiesto en que se especifica-
 sen los fundamentos de la determinacion tomada. Hizose asi, leído y aprobado que
 fué este el 19 de febrero (1).

Con públicas demostraciones de aprecio recibieron los patriotas el anterior
 decreto, calificándolo tambien los aliados de muy prudente y oportuno; mas des-

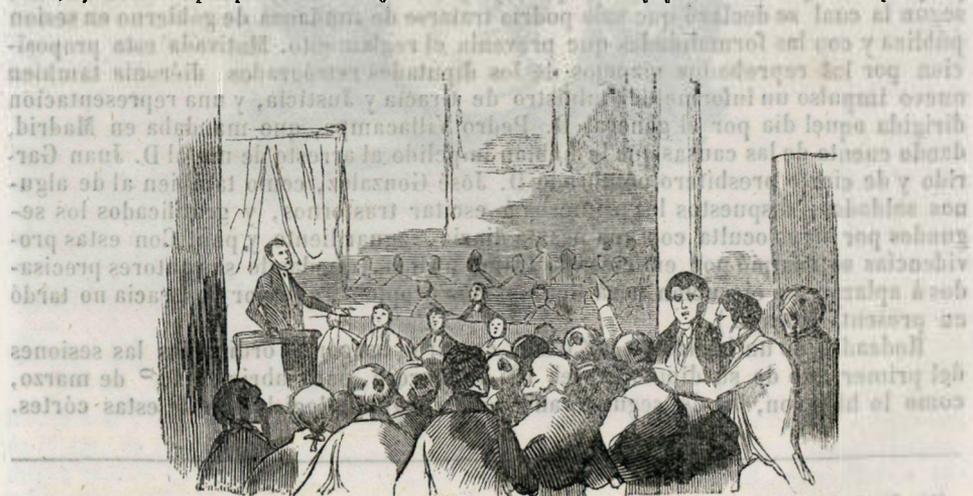
(1) La estension de este documento y la concision que se nos recomienda nos impide insertarlo
 aquí, creyendo ademas que el decreto del 2 de febrero y lo que hemos dicho sobre las comisiones
 del duque de San Carlos y del general Palafox, será bastante para que el lector forme una idea
 aproximada del espíritu de dicho manifiesto.

pues que el despotismo alcanzó su ominoso triunfo, se trocaron las alabanzas en agrías y crueles censuras, tratándolo algunos de nimio y aun depresivo de la autoridad real; como si la conocida astucia de Napoleon y el carácter de Fernando no hicieran necesarias las mas esquisitas precauciones. No por eso aprobamos enteramente la conducta de las córtes y del gobierno sobre este punto, pues en vez de las prevenciones marcadas en el decreto, algunas de ellas inútiles y fuera de sazón; tales como la relativa al camino marcado á Fernando para su viage á la capital debieran haber tomado medidas positivas y capaces de hacer frente al empuje del despotismo, y de atajar en su origen los proyectos que una mediana prevision debia temer del monarca que se esperaba.

Los pocos vocales que desaprobaban en las córtes el decreto de 2 de febrero no lo hicieron por ser partidarios ó fautores de la usurpacion estrangera, sino porque contrarios al nuevo sistema político, aspiraban á destruir todas las reformas y reponer los antiguos abusos. Muchos eran los que en diversos puntos de España trabajaron con tan perverso fin, siendo lo mas escandaloso el hallarse complicado en la trama el conde del Abisbal, con licencia á la sazón en Córdoba, manteniendo secretas inteligencias con D. Bernardo Mozo Rosales, D. Antonio Gomez Calderon y otros diputados, principales gefes del partido antireformador.

El recelo que todavía inspiraban los franceses, el que tenia el conde del Abisbal de no encontrar apoyo en su ejército y otros impensados embarazos, detuvieron la ejecucion del plan proyectado, y fué causa de que muchos vocales de los mismos que en él entraban aprobáran el decreto del 2 de febrero; pero resueltos siempre á llevar adelante su propósito, luego que lo permitiesen las circunstancias, se abocaron varios diputados y otros sugetos con el duque de San Carlos, procurando grangearse su voluntad para que indujese al rey á favorecer semejantes manejos. Aunque en el interes de los conspiradores entraba la mayor reserva para la confeccion de su plan, lo dejaba sin embargo vislumbrar la indiscrecion de algunos de los iniciados en él.

En este número podemos contar á D. Juan Lopez Reina, diputado por Sevilla, quien en la sesion del 3 de febrero causó en las córtes inaudito escándalo, levantándose á hablar despues de admitida á discusion en aquel dia la propuesta del manifiesto arriba indicado, y diciendo sin preámbulos ni rodeos: «Cuando nació el Señor D. Fernando VII, nació con un derecho á la absoluta soberania de la nación española: cuando por abdicacion del Señor D. Carlos IV obtuvo la corona, quedó en propiedad del ejercicio absoluto de rey y señor...» Principios tan



EL DIPUTADO REINA.

absurdos escitaron como era natural la indignacion de la mayoría del congreso, y de todas partes salieron enérgicas voces llamando al orden al orador. Pero sin ser bastantes tales demostraciones para contener al obcecado Reina, exclamó: «Un representante de la nacion puede esponer lo que juzgue conveniente á las córtes, y estas estimarlo ó desestimarle...»—«Sí (interrumpieron varios diputados), si se encierra en los límites de la Constitucion; no, si se sale de ellos...»—Sin desistir todavía de su propósito el diputado Reina, continuó diciendo: «Luego que restituido el señor D. Fernando VII á la nacion española, vuelva á ocupar el trono, indispensable es que siga ejerciendo la soberania absoluta desde el momento que pise la raya...» No es fácil espresar el tumulto que produjeron estas palabras del temerario diputado, exclamando muchos que «no se le permitiese continuar hablando, que se escribiesen sus espresiones, y que espulsándole del salon pasasen estas, como contrarias á la ley fundamental del estado, al exámen de una comision especial.» Asi se decidió al fin despues de un largo y acalorado debate, pasando el asunto al exámen de una comision y en seguida al tribunal de córtes, en donde no tuvo resulta, por haberse fugado el señor Reina, á quien en premio y á petición suya concediósele á la vuelta del rey á España nobleza personal. Este diputado, hombre de poco valer y de profesion escribano, se prestó en aquella ocasion á ser bajo instrumento del bando anticonstitucional á que pertenecia. Por eso su escandaloso ejemplo alarmó, mas que por lo que sonaba, por lo que indicaba de premeditado y oculto.

No tardaron en tomar cuerpo estas sospechas al traslucirse que se trabajaba para cambiar súbitamente la Regencia del reino. Fieles á sus juramentos los dignos individuos que la componian y hombres ademas de toda probidad, no daban esperanzas á los maquinadores del buen éxito de su infame plan, conociendo estos por tanto que era preciso separarlos del mando si se habia de socavar el edificio constitucional y preparar su entero hundimiento al tiempo que el rey volviese. Persuadidos los promovedores de este pensamiento de la necesidad de engrosar sus filas en las córtes, se dirigieron á varios diputados de la opinion liberal, alegando en favor de la propuesta razones plausibles y de conveniencia pública. No satisfechos los primeros del resultado de su tentativa, y dispuestos á la realizacion de su proyecto, se arrojaron á ganar en silencio y por sorpresa lo que dudaban poder conseguir de otro modo, intentando realizar su pensamiento en sesion secreta. Muy sobre aviso el partido reformador, frustró el golpe de sus contrarios por medio de una proposicion que hizo el señor Cepero y aprobaron las córtes en la sesion del 17, segun la cual se declaró que solo podria tratarse de mudanza de gobierno en sesion pública y con las formalidades que prevenia el reglamento. Motivada esta proposicion por los reprobados manejos de los diputados retrógrados, diéronle tambien nuevo impulso un informe del ministro de Gracia y Justicia, y una representacion dirigida aquel dia por el general D. Pedro Villacampa, que mandaba en Madrid, dando cuenta de las causas que le habian impelido al arresto de un tal D. Juan Garrido y de cierto presbitero nombrado D. José Gonzalez, como tambien al de algunos soldados; dispuestos los primeros á escitar trastornos, y gratificados los segundos por mano oculta con una peseta diaria, aguardiente y pan. Con estas providencias se rompió por entonces la trama urdida, quedando sus autores precisados á aplazar su ejecucion para tiempo mas propicio, que por desgracia no tardó en presentárseles (1).

Rodeadas de un horizonte tan triste, cerraron las córtes ordinarias las sesiones del primer año de su diputacion el 19 de febrero, para abrir el 1.º de marzo, como lo hicieron, las del segundo año, ó sea segunda legislatura de estas córtes.

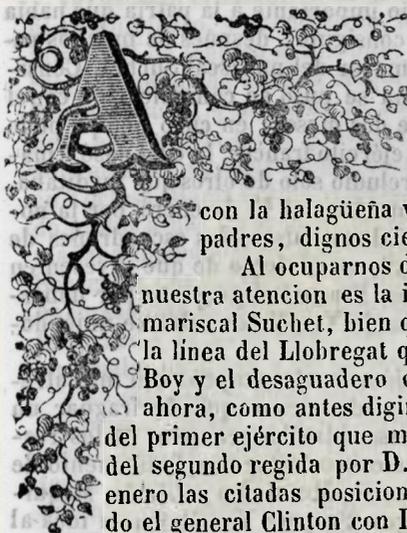
(1) No podrá graduarse como invencion de los liberales la existencia de estos planes, cuando están declarados por sus mismos autores, como puede verse en la representacion que llamaron de los Persas, hecha á S. M. por muchos de los diputados que tomaron parte en dichas tramas.

A la propia sazón se estendieron tambien nuestras relaciones de buena amistad y alianza con otros estados, recibiendo la Regencia del reino á Mr. Genotte como encargado de negocios de Austria, y concluyendo con la Prusia un tratado, hecho en Basilea el 20 de enero de este año de 1814, parecido á los celebrados en el anterior con Rusia y Suecia, y en cuyo artículo 2.º decíase: «S. M. prusiana «reconoce á S. M. Fernando VII como solo legitimo rey de la monarquia española «en los dos hemisferios, asi como á la Regencia del reino que durante su ausencia «y cautividad la representa, legitimamente elegida por las córtes generales y estra- «ordinarias, segun la Constitucion sancionada por estas y jurada por la nacion.» Asi la Prusia, aunque no de un modo tan directo y esplicito como Rusia y Suecia, reconocia sin embargo en términos positivos la legitimidad de las córtes y por consiguiente la de sus actos. ¡Solo al ingrato Fernando estaba reservado el privilegio de desconocer la obra de la nacion que, para su desgracia, le devolvió el trono que tan cobardemente abandonára!



CAPITULO XLVIII.

Sucesos militares: Cataluña: posicion de las fuerzas de Suchet.—Tratan los aliados de atacarias.—No se consigue el objeto.—Marchan á Francia parte de las huestes enemigas.—Sale Suchet de Barcelona y se reconcentra en Gerona.—Bloquean los aliados á Barcelona.—Van-Halen: sus proyectos y ardides.—Tentativa contra Tortosa.—Frústrase.—Lógrase el objeto en Lérida, Mequinenza y Monzon.—Se cogen prisioneras las guarniciones.—No producen resultado las negociaciones entabladas entre Copons y Suchet.—Regresan á Francia 10,000 hombres del ejército enemigo.—Desmantela Suchet á Gerona y otros puntos, y sitúa su gente junto á Figueras.—Se rinde á los españoles el castillo de Jaca.—Varios ataques contra Santoña.—Muerte gloriosa del gefe español D. Diego del Barco.—Francia.—Situacion del ejército anglo-portugues.—Movimientos de lord Wellington.—Son arrojados los franceses de diferentes puntos.—Paso del Adour.—Vuelve á entrar en Francia D. Manuel Freire con tropas del cuarto ejército español.—Cohetes á la congreve disparados por los ingleses sobre los marineros franceses.—Logran los aliados pasar el Adour.—Queda acordonada Bayona.—Avance de Wellington.—Batalla de Orthez.—Corre riesgo la vida de Wellington.—Victoria obtenida por los ingleses.—Movimientos posteriores ventajosos á los aliados.—Intentos de los partidarios de la casa de Borbon.—Envia Wellington vía de Burdeos al mariscal Beresford.—Se declara esta ciudad en favor de los Borbones.—Entran en ella los aliados y el duque de Angulema.—Proclama de Soult.—Conducta que la honra prescribe á los mariscales franceses.



PESARADA el alma con la meditacion de los infortunios que la ingratitud y la perfidia prepararon á nuestra infeliz patria, tiene que buscar algun lenitivo al dolor entre los horrores de la guerra, pues si bien contristan á la humanidad con sus estragos, tambien enaltescen el espiritu

con la halagüena vista del siempre creciente heroismo de nuestros padres, dignos ciertamente de mejor ventura.

Al ocuparnos de la campaña de este año, la primera que llama nuestra atencion es la invicta Cataluña. Allí continuaba en Barcelona el mariscal Suchet, bien que preparado á la retirada, conservando ademas la linea del Llobregat que se estendia desde Molins de Rey hasta San Boy y el desaguadero del rio. Las fuerzas anglo-sicilianas gobernadas ahora, como antes digimos, por sir Guillermo Clinton, en union con las del primer ejército que mandaba el general Copons, y la tercera division del segundo regida por D. Pedro Sarsfield, resolvieron embestir el 16 de enero las citadas posiciones enemigas. Para este plan, se puso de acuerdo el general Clinton con D. José Manso, debiendo el ingles acometer de frente con 8,000 hombres por la calzada de Barcelona, y Manso situarse á espaldas de Molins de Rey en un ventajoso puesto que dominaba el camino por donde los enemigos tenian forzosamente que retirarse. Sin embargo de que D. José Manso estaba autorizado para esta empresa por D. Francisco Copons, general en gefe, quiso después este encargarse de ella por sí mismo y cooperar en persona á la aco-

metida del general Clinton. No tuvo esta el éxito que se esperaba, porque la oscuridad de la noche y lo perdido de los caminos, entorpeciendo la marcha de Copons, le hicieron llegar tarde y no situarse á retaguardia de los franceses, segun estaba convenido, sino por el flanco; con lo que pudieron los enemigos, á las órdenes del general Mesclop, replegarse á la izquierda del Llobregat por el puente fortificado de Molins de Rey, y recibir ayuda de Pannetier que mandaba toda la division. D. Pedro Sarsfield con la suya y la caballeria inglesa los apretó de cerca, señalándose el primer batallon de voluntarios de Aragon, cuyo teniente coronel D. Juan Teran quedó gravemente herido. Al ruido de la accion acudió Suchet con tropas de Barcelona, procurando llevar á los aliados hácia San Feliú del Llobregat para cogerlos como en una red; pero viviendo los nuestros muy sobre aviso, retrocedieron oportunamente, contentándose con el reconocimiento hecho y haber ahuyentado á los franceses de la derecha del rio.

El estado de estos en Cataluña empeoraba por instantes, disminuyéndose sus fuerzas considerablemente, pues recibieron orden del emperador para marchar sobre Leon de Francia las dos terceras partes de la caballeria, 8 á 10,000 infantes y casi toda la artilleria. El mismo Suchet salió de Barcelona el 1.º de febrero, reconcentrándose en Gerona y sus cercanias, con dos divisiones y una reserva de caballeria, á que estaba ahora reducido todo su ejército. Quedó Robert en Tortosa con escasa fuerza, y Habert en la Cataluña baja con unos 9,000 hombres, obligado pronto á encerrarse en Barcelona, porque adelantándose los aliados, bloquearon la plaza y la estrecharon ya del todo el 8 del propio febrero.

Sensibles todos estos golpes para el frances, no lo fueron quizás tanto como otro que impensadamente le sobrevino de parte de quien no podia esperar, de un oficial español destinado cerca de Suchet y de nombre D. Juan Van-Halen. Habia sido este alfez de navio de la marina española, y seguido la causa de la nacion hasta que hecho prisionero en el Ferrol en 1809 tomó partido con los enemigos, y reconociendo al rey José le sirvió durante algunos años dentro y fuera del reino. Se hallaba el D. Juan con una comision en Paris en 1813, cuando empezaba á desplomarse el imperio de Napoleon, y proyectando ya desde entonces, segun nos cuenta el mismo Van-Halen en un opúsculo que publicó en 1814 (1), ponerse en posicion de poder hacer algun servicio importante á la patria que habia abandonado y con la que queria reconciliarse, consiguió, despues de muchos pasos y empeños, que se le colocase en el estado mayor del mariscal Suchet. Consiguiente á su propósito, luego que volvió á España se puso en comunicacion con el baron de Eroles, continuándola por espacio de dos meses, en cuyo tiempo pudo dicho Van-Halen adquirir la clave de la cifra de ejército frances, la cual pasó á manos del baron, anunciándole ser este servicio prelude solo de otros que meditaba.

Dió en efecto principio á ellos saliendo de Barcelona el 17 de enero por la noche, y haciendo que le siguiesen, en virtud de órdenes falsas, dos escuadrones de coraceros apostados en las cercanias de la ciudad, con intento de que cayesen en una celada que debia armarles el baron de Eroles. Fracasó el proyecto por haberse retardado el aviso remitido al efecto, consiguiendo Van-Halen salvarse uniéndose á Eroles en San Feliú de Codinas.

Sin amilanarse por aquel contratiempo, metióse en otro empeño aún mas atrevido é importante que el anterior, tratándose nada menos que de fraguar un convenio, que habia de suponerse firmado en Tarrasa entre los generales de los respectivos ejércitos, á fin de recuperar por medio de esta estratagema, fundamento de otras de ejecucion, las plazas de Tortosa, Peñíscola, Murviedro, Lérida, Mequinzenza y Monzon, en poder todavia de los enemigos. Propuso Van-Halen la idea al baron de Eroles, quien la aprobó, asi como despues el general Copons, aunque con

(1) *Restauracion de las plazas de Lérida, Mequinzenza y castillo de Monzon.*—Madrid, en la Imprenta Real, año de 1814.—Páginas 12 y 13.